

Campañas de Napoleón: Rusia, 1812 y sus consecuencias

El Tratado de Utrecht que puso fin a la guerra de Sucesión Española (1712-1714) propició que Austria, Inglaterra y Francia quedaran como las tres grandes potencias hegemónicas de la Europa occidental, aunque los intereses de las dos primeras las unieron para enfrentarse a la tercera. En el este europeo, Prusia y Rusia también se habían convertido en dos grandes naciones a tener en cuenta.

Leopold II von Habsburg, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, y hermano de María Antonieta, reina de Francia, decidió apoyar a su cuñado, el rey Louis XVI; y junto a Friedrich Wilhelm II, rey de Prusia, publicaron la llamada Declaración de Pillnitz (agosto de 1791). El objetivo era *"permitir al rey de Francia afianzar en completa libertad las bases de la forma de gobierno, que es lo que corresponde al soberano y para el bienestar de Francia"*, lo que significaba la coalición de las potencias europeas en contra de la Revolución Francesa de 1789. Por el contrario, la Asamblea Nacional de Francia interpretó el documento como una declaración de guerra, y tras presentar el 20 de abril de 1792 una larga lista de agravios pasados, Francia oficializó la guerra contra Austria.

La reciente Revolución había desorganizado al ejército y las fuerzas movilizadas eran insuficientes para intentar una invasión. En julio, el ejército aliado, al mando del Duque de Brunswick entró en Francia y tomó las fortalezas de Longwy y Verdun, iniciándose las llamadas Guerras revolucionarias francesas o Guerras de coalición. Pero las intenciones de restaurar todos los poderes al rey francés tuvo un efecto inmediato en los ejércitos revolucionarios y en el propio gobierno, lo cual propició el derrocamiento del monarca en el asalto al Palacio de las Tullerías (10 de agosto).

Poco después tuvo lugar la batalla de Valmy, sin ganador claro, pero que consiguió elevar la moral francesa y detener el avance aliado hacia París, que hubiera supuesto el fin de la Revolución. Prusianos y austriacos fueron conscientes que la campaña bélica se prolongaría más de lo planeado, y como supondría un enorme costo mantenerla, decidieron retirarse de Francia y conservar su ejército intacto.

El 21 de enero de 1793, el gobierno revolucionario francés ejecutó a Louis XVI. Las monarquías europeas, temerosas que la revolución pudiera extenderse más allá de Francia, se unieron sin reparos y prepararon a sus ejércitos para luchar contra este país en todas sus fronteras. El gobierno francés declaró una nueva leva de cientos de miles de hombres y se inició un reclutamiento en masa que les permitiera tomar la iniciativa en la contienda. Francia sufrió al principio severos reveses, como la expulsión de los llamados Países Bajos austriacos (en la actual Bélgica), o la derrota en el Rosellón catalán; pero a finales de año, los franceses habían repelido la invasión aliada y sus fuerzas se mantenían en claro ascenso, aunque muy cerca de las fronteras previas a la guerra.

A partir de este momento, se produjeron toda una serie de campañas militares, que incluyeron la toma de la actual Bélgica y la ribera del río Rhin (1794), la invasión de los Países Bajos (1795), ataques victoriosos contra Alemania, Austria e Italia (1796); captura de Mantua e invasión del Tirol (1797) y Campaña de Egipto (1798). Napoleón Bonaparte, tras regresar de este país, dio un golpe de estado el 18 de brumario del año VIII (9 de noviembre de 1799), y se convirtió en Primer Cónsul y líder del gobierno francés. Entonces se iniciaron las llamadas Guerras de la Segunda Coalición, que incluyeron las campañas militares de Alemania, Austria y norte de Italia (1800), que acabaron con la firma de los Tratados de Lunéville (9 de febrero de

1801), cuando se rindieron los austriacos, y el de Amiens (25 de marzo de 1802), cuando Francia y el Reino Unido también firmaron la paz.

Sin embargo, estos Tratados dejaron sin solucionar cuestiones importantes y la paz sólo duró un año, hasta que el Reino Unido organizó la llamada Tercera Coalición y declaró la guerra al Imperio francés, lo que provocó toda una serie de conflictos armados que también son conocidos como Guerras Napoleónicas, pues tuvieron lugar durante el tiempo en que Napoleón I rigió Francia, hasta el 20 de noviembre de 1815, cuando fue derrotado en la batalla de Waterloo. Este largo periodo de tiempo, comprendido entre los años 1792-1815, es también llamado “La Gran Guerra Francesa”, o simplemente “La Gran Guerra”, pues estuvieron implicadas la gran mayoría de naciones europeas.

En esta “Gran Guerra” se produjeron batallas de mucha envergadura en las que se contabilizaron enormes bajas en ambos bandos. Actualmente, estos conflictos armados se dividen en función de los países que se unieron para atacar al Imperio francés. Durante la Tercera Coalición (Reino Unido, Austria, Rusia, Nápoles y Suecia) destacaron las grandes batallas de Trafalgar (21.X.1805), Ulm (16-19.X.1805) y Austerlitz (2.XII.1805); en la Cuarta Coalición (Inglaterra, Prusia, Rusia, Sajonia y Suecia), las batallas de Jena-Auerstädt (14.X.1806), Eylau (7-8.II.1807) y Friedland (14.VI.1807); en la Quinta Coalición (Austria y Reino Unido), las batallas de Bailén (19.VII.1808), Raszyn (19.IV.1809), Aspern-Essling (21-22.V.1809) y Wagram (5-6.VII.1809).

La sexta Coalición estaba formada por el Reino Unido, Rusia, Prusia, Suecia, Austria y cierto número de estados alemanes que se habían aliado para luchar contra Francia. En 1812 tuvo lugar la desastrosa invasión de Rusia, que se verá más adelante con detalle; luego se produjeron las grandes batallas de Lützen (2.V.1813) y Bautzen (20-21.V.1813). Poco más tarde, la batalla de Vitoria (21.VI.1813), tras la cual los franceses se vieron forzados a abandonar España; la formidable batalla de Leipzig (16-19.X.1813), en la que participaron alrededor de 600.000 soldados; poco después la batalla de Arcis-sur Aube (20-21.III.1814), y finalmente la derrota francesa, cuando los aliados entraron en París.

Napoleón abdicó, firmó el Tratado de Fontainebleau (13.IV.1814) y marchó exiliado a la isla de Elba. En Francia fue restaurada la dinastía borbónica bajo el reinado de Louis XVIII; pero poco después, Napoleón escapó de la isla y regresó al continente, desembarcando en Cannes el 1 de marzo de 1815. A medida que avanzaba hacia París, fue recabando apoyos por donde pasaba, hasta que finalmente derrocó al rey sin haberse disparado ni un solo tiro y siendo llevado a hombros hasta el palacio de las Tullerías por la multitud enardecida. Los estados aliados, al comprobar que Napoleón seguiría luchando, firmaron la Séptima Alianza, compuesta por el Reino Unido, Rusia, Prusia, Suecia, Austria, Países Bajos y algunos estados alemanes, y prepararon nuevamente a sus ejércitos para enfrentarse a los franceses. Se produjeron las batallas de Quatre Bras (6.VI.1815) y Ligny (16.VI.1815), que supuso la última victoria de Napoleón. Finalmente, tuvo lugar la batalla de Waterloo (18.VI.1815), que significó el fin del Emperador: abdicó el 22 de junio y fue exiliado a la remota isla de Santa Helena, en el Atlántico Sur, donde murió el 5 de mayo de 1821.

Los más de veinte años de guerras que siguieron a la Revolución Francesa, en los cuales se fue conformando el dibujo de la actual Europa, estuvieron acompañados, igual que en ocasiones similares anteriores, de numerosos brotes infecciosos, algunos de ellos muy graves. Por ejemplo, a principios de la Primera Guerra de Coalición

(1792-1797), se produjo una severa epidemia de disentería entre las tropas prusianas que avanzaban hacia la región de Champagne, y fue la principal causa que la invasión no terminara de forma exitosa.

Como ya era de suponer, el tifus también apareció en este momento y provocó numerosas muertes entre los prusianos, extendiéndose gravemente por los departamentos franceses de Meuse, Meurthe-et-Moselle y Ardennes. Tras la batalla de Valmy, septiembre de 1792, la Armada aliada, gravemente infectada, se retiró hacia sus posiciones iniciales, pero quedaron afectadas numerosas ciudades y villas, de igual modo que el ejército francés que los perseguía. En Longwy y en las poblaciones cercanas, las calles se llenaron de cuerpos de soldados aliados muertos por agotamiento, disentería y tifus.

Los hospitales militares fueron también los responsables de diseminar el tifus. Jacques Parenteau-Desgranges, doctor en medicina y cirugía en la Universidad de Frankfurt-am-Oder, los llamó simples “centros de contagio”, pues las ciudades en las que se erigían hospitales militares fueron siempre severamente atacadas. Los pacientes con enfermedades infecciosas fueron colocados junto a otros con enfermedades leves o que simplemente estaban heridos, de manera que se ofrecía a los patógenos la mejor oportunidad para difundirse a gran escala.

Un médico francés de nombre desconocido describió las condiciones de Verdún durante la severa epidemia de tifus que tuvo lugar entre los años 1792-1795: *“la enfermedad se propagó no sin menor severidad que las otras fuentes de infección, tanto en los hospitales temporales establecidos en el Convento de Canónigos de Saint Nicholas (Monasterio de Saint Vanness) y en los cuarteles. Los desgraciados pacientes, tirados a sobre la piedra dura a lo largo de los pasillos, escasamente disponían de algunas esteras o quizás un poco de paja, sucia por causa de sus excrementos; y a menudo tres de ellos compartían una manta de lana gruesa, por lo que puede imaginarse la imagen tan triste que ofrecían. Por lo menos fallecieron las tres cuartas partes de los pacientes, que fueron enterrados en grandes zanjas en las proximidades de las murallas y en los jardines que rodean las abadías de Saint Vannes y de Saint Nicholas. En consecuencia, la infección era tan frecuente en los hospitales que rápidamente adquirió el nombre de “fiebre de hospital”.*

En Pont-à-Mousson, en Meurthe-et-Moselle, fueron construidos tres hospitales militares y se sufrió una grave epidemia de tifus, al igual que en la vecina Metz, donde sus hospitales no podían acomodar a los numerosos pacientes provenientes de todas direcciones. El tifus siguió presente, aunque de manera esporádica, en los dos siguientes años; y entre 1792-1795 se trataron en los hospitales de Metz a 64.413 pacientes tíficos, de los cuales murieron 4.870. Entre 1793-1794, esta enfermedad fue transportada por la guerra a lo largo del alto Rin: en mayo llegó a Frankfurt-am-Main, procedente de los prisioneros franceses que las tropas austriacas habían capturado. Además de la “fiebre pútrida” detectada en los hospitales militares, también se observaron numerosos casos en la ciudad, y fue muy frecuente hasta el mes de noviembre de 1793. Durante el invierno de aquel año se intensificó, y no desapareció hasta el verano de 1794.

El autor alemán Gottlieb Friedrich Canz¹ informaba que el tifus se extendió desde el Rin hasta la Selva Negra, y apareció en primer lugar en Kinzigtal, en la región del

¹ *Beschreibung einer Schleim-, Faul-, und Nevenfieber-epidemie, die im Winter und Frühjahr 1793-1794 in der Rheingegend und auf dem Schwarzwald unter dem Landvolk gewüet* (Tübingen, 1795).

Rhin, y en diversas partes de Suabia². La enfermedad fue llevada por prisioneros franceses trasladados a Hornberg, una población de unos 1.000 habitantes, cercana a Triberg, donde pasaron cuatro semanas en otoño de 1793. Debido a los numerosos brotes de “fiebre nerviosa”, en Hornberg fue construido un hospital de guerra; en noviembre aparecieron los primeros casos y la epidemia duró hasta junio. Apenas se salvó de la enfermedad ninguna casa de esta población, afectando especialmente a la gente pobre, y a menudo familias enteras contrajeron el tifus. En total, murieron 60 personas, incluidos ocho forasteros que fueron ingresados en el hospital.

Los presos franceses fueron responsables de extender el tifus por toda la Baviera, donde murió mucha gente. Según el médico alemán Franz Seitz³, la epidemia afectó gravemente Regensburg en diciembre de 1793. Un tal Schäffer, médico de esta ciudad, vio numerosa gente afectada de tifus, que se diseminó por todo el Danubio. En el departamento francés de la Vendée se produjeron violentos conflictos durante las guerras de Coalición, pues los ciudadanos fieles al rey se levantaron contra los gobernantes. Cuando Nantes fue sitiada por los Realistas en 1793, se reportó un grave brote tífico. Las prisiones y los hospitales quedaron atestados y la ciudad, según Prienzing, “*quedó muy sucia, pues nadie limpiaba, y los cuerpos de muchas reses quedaron sin enterrar*”. En total se estima que murieron unas 10.000 personas, sumadas las de la ciudad y las de las prisiones.

En Italia, por toda la península, incluida Sicilia, y en un corto espacio de tiempo, también se produjeron brotes típicos muy severos como consecuencia de la guerra iniciada en 1796, y fue especialmente grave en los dos ejércitos durante el asedio de Mantua (1796-1797). La infección se extendió y pronto atacó toda la costa de Liguria: en Génova, entre 1799-1800 tuvo lugar una gran epidemia y murieron unas 14.000 personas en el plazo de seis meses.

En 1805, coincidiendo con la guerra que mantenían Francia y Austria, tuvo lugar otra epidemia severa de tifus que devastó las provincias de Moravia, Bohemia, la alta y baja Austria, Galizia y Hungría. Tras la batalla de Austerlitz (2.XII.1805), el tifus fue reconocido entre los heridos del hospital de Brünn, donde eran atendidos centenares de soldados franceses, austriacos y rusos. La enfermedad afectó a la población civil, que la sufrió terriblemente entre los meses de mayo a junio de 1806. Según el autor austriaco Joseph Hain⁴, el número de muertos en la Silesia austriaca, entre julio y diciembre de 1805 fue de 25.760, y entre enero y junio de 1806, 71.477.

Viena fue ocupada por los franceses el 13 de noviembre de 1805, y en sus hospitales atestados se inició una gran epidemia de tifus, que fue extendida por los numerosos prisioneros de guerra, especialmente rusos, que eran transportados a lo largo de los caminos militares hacia Strasbourg, y afectó gravemente las ciudades bávaras de Landshut, Munich y Augsburg. En esta última, durante el año 1805 murieron 1.189 personas; en 1806, 1.840; y en 1807, 1.165. Los brotes epidémicos también se reportaron fuera de las rutas militares, como fue el caso de Ingolstadt, Hof o Nürnberg. El tifus, llevado igualmente por los prisioneros de guerra, también afectó

² En el sur de Alemania también se reportó tifus durante la Segunda Guerra de Coalición (1799-1802), provocado igualmente por el conflicto bélico, que generaba la constante marcha de los soldados. Muchos lugares de Baviera y Suabia fueron atacados en 1799.

³ F. Seitz. *Der Typhus, vorzüglich nach seinem Vorkommen in Bayern geschildert* (Erlangen, 1847)

⁴ J. Hain. *Handbuch der Statistik des österreichischen Kaiserstaats* (1852)

Francia, sobre todo las poblaciones de Autun, Semur y Langres. Entre 1805-1806 el tifus también afectó Silesia, llevada por las tropas rusas.

En la guerra contra Prusia de 1806-1807, el tifus apareció al este del país, donde tuvo lugar la segunda etapa de este conflicto bélico, y coincidió con la fiebre tifoidea. En Königsberg, el tifus afectó gravemente los hospitales y la población civil, muriendo en total 6.392 personas. Danzig, sufrió en la primavera de 1807 un asedio que duró setenta y seis días; pero el tifus se extendió, en esta ocasión, entre los sitiadores franceses. Y en enero de 1807 fueron los prisioneros germanos los que extendieron la enfermedad por Francia, afectando los departamentos de Aube y Yonne. En 1809, el tifus no fue tan severo como en años anteriores, aunque tras la gran batalla de Wagram, volvió a aparecer en los atestados hospitales de Viena y también en el Tirol.

En el largo conflicto armado que tuvo lugar en España y Portugal entre 1808-1814 también se produjeron diversos brotes tíficos. La Armada francesa sufrió grandes pérdidas como consecuencia de las dificultades continuadas, la escasez de alimentos y la pobreza de las instalaciones hospitalarias. En la Península Ibérica, el ejército francés pudo haber perdido unos 300.000 hombres como consecuencia de las diversas enfermedades, y 100.000 por heridas de guerra. Un brote de tifus particularmente severo se dio en Zaragoza, cuando esta ciudad fue asediada por los franceses entre los meses de julio-agosto de 1808, y más tarde entre diciembre del mismo año y febrero de 1809. Según Prienzing, de los 100.000 habitantes que tenía la ciudad, se calcula que unos 54.000 murieron a causa del tifus, así como 18.000 de los 30.000 soldados que la defendían, hasta que la ciudad fue forzada a capitular⁵.

Desde España, el tifus fue transportado con frecuencia a Francia por los prisioneros españoles, debido a la miseria sufrida por las malas condiciones de transporte y la alimentación escasa. Tanto los enfermos como los heridos eran conducidos en los mismos vagones y debían hacer noche en los campos, durmiendo sobre la paja unos al lado de los otros, contagiándose el tifus con facilidad. Así, fueron infectadas, entre otras, ciudades del centro francés como Limoges, Moulins, Nevers o Bourges.

Las tropas inglesas destacadas en la Península Ibérica también sufrieron el tifus, y se estimó que 24.930 hombres murieron por causa de enfermedades. En cambio, sólo una tercera parte, 8.889, fallecieron como consecuencia directa de la guerra. Tras las batallas de 1808, las tropas inglesas infectadas con tifus fueron relevadas y transportadas a Plymouth. Entre el 24 de enero de 1808 y el 24 de enero de 1809 fueron atendidos 2.427 pacientes en los hospitales. De ellos, 824 padecían tifus y 1.503 disentería; en total, murieron 405 hombres.

Campaña de Rusia, 1812

El 7 de julio de 1807 fue firmado el Tratado de Tilsit, que concluía la guerra entre Francia y la Rusia del Zar Alexandr I Pavlovich. De esta manera, se iniciaba una alianza entre ambos países: Francia prometía ayuda a Rusia contra los turcos, y Rusia acordaba unirse al Bloqueo Continental contra Gran Bretaña, excluyéndolo de toda actividad comercial, y quizás proceder a una invasión combinada de la India.

⁵ En realidad, parece ser que en el primer asedio murieron en total unos 2.000 zaragozanos, mientras que en el segundo, de los 55.000 ciudadanos que había antes de los Sitios, sobrevivieron 12.000, muriendo el resto por causa de los enfrentamientos armados y de enfermedades. Por tanto, aunque la epidemia de tifus fue grave y muy letal, no murieron tantas personas como aseguraba Prienzing.

Dos días más tarde se firmaba un segundo Tratado de Tilsit, entre Prusia y Francia, con unas condiciones muy duras para los prusianos, que perdían prácticamente la mitad de su territorio nacional y se creaba el Gran Ducado de Varsovia, contrario a los intereses rusos, pues no aceptaban la posibilidad que los polacos consiguieran un estado independiente. El Zar esperaba que los franceses, a través de su embajador en San Petersburgo, Armand de Caulaincourt, firmaran un tratado que prohibiera expresamente el restablecimiento de Polonia; pero esto no ocurrió y se rompió la confianza entre las dos naciones. Incluso en el Tratado de paz firmado en 1809 entre Francia y Austria, se puso una cláusula por la cual la provincia de Galizia, arrebatada a Austria tras la batalla de Wagram, quedaba anexada al Gran Ducado de Varsovia, lo que significaba una provocación a las pretensiones rusas.

Otro desacuerdo de tipo personal también causó fricciones entre las dos naciones: Napoleón no había tenido descendencia durante su primer matrimonio con Josefina, y como ella sí había tenido hijos con su anterior esposo, el Emperador sospechaba que no podía ser padre. Sin embargo, sus dudas se disiparon en 1807, cuando su amante Eleonora Denuelle concibió un hijo suyo, al que siguió otro hijo ilegítimo con María Walewska. Como parte de su estrategia, Napoleón pidió al Zar ruso la mano de su hermana Ana, de quince años; pero esto contó con la oposición tenaz de la Emperatriz viuda de Rusia, que no deseaba una alianza con Francia y además daba crédito a los rumores sobre la impotencia del Emperador francés. En 1810, Napoleón interrumpió las negociaciones e hizo una oferta formal de boda a la Archiduquesa María Luisa Habsburgo de Austria. Este cambio radical de actitud fue más un síntoma que la causa de la ruptura entre las dos naciones.

La cooperación entre Rusia y Francia se deterioró de forma definitiva en febrero de 1810, cuando el Zar aseguró que *“el reino de Polonia jamás sería restaurado”*. Y en diciembre del mismo año, promulgó una orden imperial que imponía un alto impuesto a la mercancía francesa y abría los puertos rusos a embarques neutrales, lo que significaba levantar el “Bloqueo Continental” contra los ingleses. Napoleón se indignó por este hecho y lo predispuso a la guerra, pensando que era inminente una invasión rusa sobre Polonia.

Desde la perspectiva histórica, Napoleón debería haber consolidado su imperio y despejar su amenazado frente occidental. Los británicos, fuertemente atrincherados en sus fortificadas líneas españolas, no podían juntar una fuerza que superara los 30.000 hombres. Pocas dudas hay que, si Napoleón hubiera atacado con su abrumadora superioridad, los habría expulsado de sus posiciones; pero la campaña podía ser larga y costosa. El médico británico Frederick F. Cartwright, divulgador de la historia de la medicina, escribió en su obra *Disease and History* (1972) que *“para sobrevivir, un dictador debe compensar los sacrificios de su pueblo con éxitos resonantes, y hacia el este existía la posibilidad de una brillante serie de batallas veloces, a cuyo término se vislumbrarían las cúpulas doradas de la esplendorosa Moscú, y más allá, el camino llevaba al magnífico Este. Así fue como el emperador cometió el grave error de sacrificar la realidad por un sueño”*.

En enero de 1812, Napoleón trasladó de España muchas tropas veteranas para reforzar los ejércitos orientales: Francia debía aparecer como la salvadora de una Polonia esclavizada por la Rusia tirana. Los ejércitos napoleónicos comenzaron a congregarse estratégicamente en una línea que se extendía desde el norte de Alemania hasta Italia, al principio aunque sin saber el objetivo de la empresa, y en junio de 1812 comenzó su concentración en la frontera rusa, y ya estuvo preparada la

Grande Armée, compuesta por más de 600.000 hombres, 100.000 caballos y 1.400 piezas de artillería, el ejército más grande nunca juntado, que debía dirigirse a Moscú. La tropa francesa estaba formada por distintos Cuerpos, liderados por Napoleón, quien contaba en primer lugar con el Jefe de Estado Mayor, el mariscal Louis Alexandre Berthier.

La Armada estaba formada por unos 300.000 franceses, y el resto aliados⁶: 98.000 polacos y lituanos, 111.000 alemanes (24.000 bávaros, 20.000 sajones, 20.000 prusianos, 21.000 de Westfalia, 15.000 de Württemberg, 6.000 de Baden y 5.000 de Hesse), 34.000 austriacos, 32.000 italianos, 25.000 napolitanos, 9.000 suizos, 4.800 españoles, 3.500 croatas y 2.000 portugueses. En total, 619.000 hombres⁷.

El flanco norte estaba protegido por el Xº Cuerpo (ca. 32.500 hombres, la mayoría de ellos prusianos), al mando del mariscal del Imperio Étienne-Jacques MacDonald. El flanco sur estaba vigilado por el VIIº Cuerpo (ca. 20.000 hombres, donde estaban incluidos sajones y polacos), al mando del general Jean-Louis Reynier; y por el XIIº Cuerpo (ca. 34.000 hombres, la mayoría austriacos), dirigido por Karl-Philipp, Príncipe de Schwarzenberg.

La fuerza central, compuesta por unos 450.000 soldados, estaba dirigida personalmente por el Emperador, e integrada, de norte a sur, por las siguientes fuerzas: la Guardia Imperial (ca. 47.000 hombres), dividida en Joven Guardia, dirigida por el mariscal Adolphe-Édouard Mortier; Vieja Guardia, por el mariscal François Joseph Lefebvre; y Guardia de Caballería, dirigida por el mariscal Jean-Baptiste Bessières. El Iº Cuerpo de la Armada (ca. 67.000 hombres) estaba dirigido por el mariscal Louis-Nicolas Davout; el IIº Cuerpo (ca. 40.000 hombres) por el mariscal Nicolas-Charles Oudinot; el IIIº Cuerpo (ca. 49.000 hombres) por el mariscal Michel Ney. El IVº Cuerpo, llamado “Armada de Italia” (ca. 46.000 hombres, un tercio de ellos italianos, el resto franceses y bávaros), por el príncipe Eugène Rose de Beauharnais, hijo adoptivo de Napoleón (hijo natural de Marie Joséphe, Josefina, la esposa del Emperador); el Vº Cuerpo (36.000 hombres, todos polacos), por el Príncipe polaco y general de División Józef Antoni Poniatowski; el VIº Cuerpo (ca. 25.000 hombres, todos bávaros) por el general de división Laurent, marqués de Gouvion-Saint Cyr; el VIIIº Cuerpo (ca. 18.000 hombres procedentes de Westfalia y Hesse), por el general de División Jérôme-Napoleón Bonaparte, hermano menor de Napoleón.

El Iº y IIº Cuerpo de Caballería (ca. 22.000 hombres) estaban dirigidos por el Mariscal Joachim Murat: el Iº al mando del general de división Étienne-Marie de Nansouty, y el IIº a las órdenes del general de división Louis-Pierre de Montbrun. El IIIº Cuerpo de Caballería (ca. 10.000 hombres) estaba al mando de Emmanuel, marqués de Grouchy; y el IVº Cuerpo de Caballería (ca. 8.000 hombres), al mando de Charles-César, conde de la Tour-Maubourg. El IXº Cuerpo (ca. 35.000 hombres, 2/3 partes formadas por polacos y alemanes), formaba parte de la reserva en

⁶ En este momento, el Emperador francés dirigía los destinos de cerca de 86 millones de europeos, bien directamente, bien a través de sus aliados, y sus órdenes se ejecutaban en un espacio que comprendía los 19º de latitud y 30º de longitud.

⁷ De todas maneras, se desconoce el número exacto de soldados que integraron la *Grande Armée*, y diversas fuentes ofrecen cifras muy dispares de los hombres que entraron en Rusia, que oscila entre los 420.000 y los 685.000. Efectivamente, se trató de un gran ejército y ningún emperador romano, por ejemplo, tuvo a su disposición una fuerza tan extraordinaria. Y a estas cifras habría que añadir 150.000 hombres que quedaron disponibles en Francia, más 50.000 acantonados en Italia, 300.000 en España y 100.000 pertenecientes a la Guardia Nacional.

Alemania y estaba dirigido por el mariscal Claude-Victor Perrin; el XIº Cuerpo (ca. 50.000 hombres), formado por unidades de depósito y reserva en Polonia, estaba dirigido por el mariscal Pierre-François Augerau. A este formidable ejército se añadían 80.000 hombres de la Guardia Nacional, cuya misión era defender la frontera imperial del Ducado de Varsovia.

Se estima que la Armada Rusa era menos numerosa, alrededor de 280.000 soldados, al menos al iniciarse la Campaña, los cuales fueron desplazados hacia la frontera polaca para defenderla de cualquier ataque. En total, parece ser que los rusos habrían dispuesto alrededor de 500.000 hombres, aunque según fuentes diversas, el número podría variar entre 350.000 y 710.000.

La Primera Armada del oeste, comandada por el general y Ministro de la Guerra, Mikhail Bogdanovich, barón Barclay de Tolly, nacido en Livonia y de origen escocés, estaba compuesta por 6 Cuerpos de infantería, 3 Cuerpos de caballería y 18 Regimientos de cosacos⁸: 159.800 hombres y 558 piezas de artillería.

La Segunda Armada del oeste, comandada por el general Piotr Ivanovich Bragation, de origen armenio, estaba compuesta por 2 Cuerpos de infantería, 1 Cuerpo de caballería y 9 Regimientos de cosacos: 62.000 hombres y 216 piezas de artillería.

La Tercera Armada del oeste, o de observación, comandada por el general Alexandr Petrovich Tormasov, tenía a su disposición 3 Cuerpos de infantería, 1 Cuerpo de caballería y 9 Regimientos de cosacos: 58.200 hombres y 168 piezas de artillería.

Las tres Armadas estaban sostenidas por dos Cuerpos de reserva, uno formado por 65.000 hombres y el otro por 47.000. Según estas cifras, el ejército ruso que opuso resistencia a Napoleón contaría con unos 392.000 soldados. Además, la paz confirmada con Suecia y el Imperio otomano liberaron a otros 100.000 hombres. Finalmente, tras reclutar nuevos efectivos, se cree que en el mes de septiembre el ejército ruso pudo estar integrado por unos 900.000 soldados, sin contar las unidades de cosacos irregulares, formadas por unos 75.000 hombres.

A pesar de que el ejército ruso se estaba reformando y modernizando, las mejoras no afectaron a todas sus ramas. El alto mando seguía careciendo de la debida instrucción y eficiencia, y solía descuidar los departamentos administrativos más importantes. Los servicios de transporte e intendencia seguían siendo rudimentarios y las tareas sanitarias apenas estaban organizadas. Salvo la Guardia y los Regimientos de caballería, la mayoría de oficiales eran apáticos, analfabetos, ineficaces y adictos al juego y la bebida, aunque en todas las jerarquías abundaban los soldados valerosos.

Napoleón envió un último ofrecimiento de paz a San Petersburgo poco antes de iniciarse las operaciones; pero al no recibir respuesta, ordenó cruzar el río Niemen el 25 de junio de 1812⁹ y entrar en territorio ruso, ubicando su cuartel general en la

⁸ Cosaco proviene del turco *qazzaq*, que significa aventurero, hombre libre, o soldado de fortuna.

⁹ Tres días antes, el 22 de junio, Napoleón hizo la siguiente proclama: “¡Soldados!, se ha declarado la segunda guerra polaca; la primera terminó en Friedland y en Tilsit. En Tilsit, Rusia juró amistad eterna a Francia y guerra contra Inglaterra. ¡Ahora rompe sus promesas! No quiere dar más explicaciones de su extraño comportamiento hasta que las águilas francesas no hayan retrocedido por detrás del Rin y hayan dejado a nuestros aliados lejanos a su merced. Aprenderá para su pesar que su destino ha de cumplirse. ¿Acaso piensa que somos unos degenerados? ¿No seguimos siendo los mismos de Austerlitz? Nos pone en un compromiso entre el deshonor y la guerra, y no cabe duda de cuál vamos a escoger. Adelante, pues; crucemos el Niemen para llevar la guerra a su territorio.

ciudad de Kovno (actual Kaunas, Lituania). Rusia proclamó la “guerra patriótica” (*Otetchestvennaïa Voïna*), y Francia la “guerra polaca”.

Poco después, las tropas francesas entraron en Vilna, la capital lituana. Los rusos, en su retirada, y sin ofrecer apenas resistencia, lo destruyeron todo y libraron al fuego inmensos almacenes de provisiones: harina, ropa y forraje. Napoleón consiguió una penetración limitada de las posiciones rusas, pero no obtuvo un triunfo completo. Sus soldados tenían cada vez más hambre debido a que los convoyes de aprovisionamiento se estaban estancando irremediablemente en la retaguardia, por lo que el saqueo, el merodeo y la indisciplina se generalizaron como una epidemia.

Hacía un calor extremo y el número de enfermos aumentaba de manera alarmante, y fue especialmente grave la pérdida de caballos. En el itinerario del ejército yacían multitud de cadáveres de todo tipo. El capitán Franz Roeder, mercenario alemán que avanzaba por detrás de las formaciones de cabeza, observó en sus memorias que “entre Kovno y Jevée encontramos unos 3.000 caballos tirados en la cuneta, rendidos por el agotamiento y la mala alimentación, sobre todo por atiborrarse de maíz verde, y aún más cadáveres humanos en putrefacción, que en esta estación del año producen un hedor insoportable”. Cuando el Emperador entró en Vitebsk faltaban de sus unidades tal vez unos 100.000 efectivos, entre enfermos y rezagados.

Estas operaciones periféricas muestran lo rápido que se había ensanchando el frente francés. Antes de junio de 1812, los diferentes grupos del ejército habían ocupado una línea de partida de más de 400 kilómetros de ancho, desde Königsberg a Lublin. En poco más de seis semanas, las fuerzas de primera línea formaban una inmensa cabeza de flecha que iba desde Riga hasta Vitebsk, y desde allí hasta Bobruisk y los pantanos del río Pripet. Aún excluyendo a Schwarzenberg y Reynier, que operaban en Lutsk, muy lejos en el suroeste, el frente principal francés medía más de 800 kilómetros. De modo que los recursos de Napoleón se dispersaron y el desgaste de sus soldados fue muy preocupante. Cuando llegó a Smolensk, a mediados de agosto, del grupo del ejército central sólo quedaban 156.000 hombres en condiciones de combatir. Un mes después, al ocuparse Moscú, la cifra se había reducido a 95.000.

Las líneas de comunicación francesas, inevitablemente, se alargaron aún más, lo que aumentaba la carga de los batallones de abastecimiento, que estaban desbordados, y se requerían numerosos destacamentos para proteger las estaciones intermedias y los extensos flancos. La estrategia rusa de rehuir la batalla y permitir que Napoleón se adentrara más y más en territorio ruso redujo la capacidad de combate de la *Grande Armée* a una sombra de lo que fue en sus orígenes.

Es incuestionable que Napoleón y su equipo se esforzaron como en ninguna otra ocasión en proporcionar un sistema de aprovisionamiento adecuado a las necesidades. Desde el principio fueron conscientes que no había ninguna posibilidad de vivir del campo circundante como en anteriores campañas. El Emperador sabía que los bosques de Rusia no serían capaces de alimentar ni siguiera a una quinta parte de su ejército, y también temía que los rusos recurriesen a tácticas de “tierra quemada”. En consecuencia, decidió que su ejército fuera autosuficiente, aunque esto supusiera depender de convoyes y almacenes.

La segunda guerra polaca reportará tanta gloria a las armas francesas como lo hizo la primera. Pero el tratado de paz que firmaremos esta vez llevará consigo su propia garantía. Pondrá fin a la nefasta influencia que Rusia lleva ejerciendo en Europa durante los últimos cincuenta años”.

En un escrito a Davout del 26 de mayo de 1812, el Emperador afirmó que “*mi objetivo será concentrar 400.000 soldados en un punto determinado. No podemos esperar nada del lugar y por tanto tenemos que transportarlo todo, pues sin transporte no puede funcionar nada*”. Por tanto, se pusieron los medios para el desplazamiento de grandes cantidades de pienso, galletas, arroz, verdura y coñac, así como otros artículos y provisiones que el inmenso ejército necesitaría durante un largo periodo de tiempo.

Según el historiador británico David G. Chandler¹⁰, se crearon veintiséis batallones de transporte: cuatro de ellos constaban de 600 carros ligeros, capaces de cargar 600 kg. cada uno; otros cuatro con 600 carromatos pesados, con capacidad para 1.000 kg.; y los restantes disponían de 252 carromatos tirados por cuatro acémilas, capaces de cargar 1.500 kg. Para aprovisionarse de carne, se reunieron rebaños inmensos de vacas y bueyes, que habrían de acompañar al ejército hacia el este, y varias compañías de transporte utilizaron tiros de bueyes en lugar de caballos.

Se pensó que a medida que el ejército consumiera las provisiones, las necesidades de transporte se reducirían y por tanto podrían sacrificarse los bueyes de los carros y obtener así carne “autopropulsada”. En total, la *Grande Armée* viajó acompañada de aproximadamente 200.000 animales, incluidos los 30.000 caballos de la artillería, y los 80.000 de la caballería, y un total de unos 25.000 vehículos, incluidos carromatos de aprovisionamiento, carros de munición, ambulancias y otros medios de transporte. Alimentar a tantos animales resultaría difícil, por lo que no es de extrañar que se retrasara la invasión hasta la época en que el pasto de las llanuras rusas fuera más abundante. También dependían de los grandes ríos del oeste ruso para reabastecer a los convoyes y almacenes avanzados. Se fletaron dos escuadras fluviales con 100 barcas cada una, que deberían operar en el río Niemen, entre Tilsit y Kovno.

Otras ramas de servicio estaban peor equipadas. Las caravanas de hospitales salieron sin los artículos más básicos, lo que provocaría la frustración a muchos cirujanos y médicos responsables, y una muerte innecesaria a multitud de enfermos y heridos. El poderoso ejército padeció enfermedades desde el momento de la salida. La difteria, la disentería y el tifus, agravado por la malnutrición y la escasez, se cobraron un altísimo precio. Por citar un ejemplo, el cuerpo bávaro perdió la mitad de sus componentes por enfermedad antes de entrar en contacto con el enemigo. Otra grave omisión, que en su momento afectó a todo el ejército, fue no haber llevado ropa de abrigo por si la campaña se prolongaba en invierno, que aquel año fue durísimo.

Al principio, la *Grande Armée* encontró poca resistencia por parte de los rusos, o ninguna, y avanzó rápidamente en territorio enemigo. Barclay de Tolly, su comandante en jefe, rechazaba el combate, pues era consciente que no podría vencer a los franceses en batalla abierta¹¹. En diversas ocasiones intentó establecer una posición defensiva fuerte, pero el avance francés era demasiado rápido y no le permitía terminar los preparativos, por lo que se veía obligado a emprender una nueva retirada. Estas acciones, que han sido consideradas a menudo como una estrategia de “tierra quemada”, no parece que formara parte de un plan preconcebido de los rusos para atraer a los franceses al interior del país, sino que más bien parece

¹⁰ *Las Campañas de Napoleón. Un Emperador en el campo de batalla. De Tolón a Waterloo (1796-1815)*. La Esfera de los Libros (2005).

¹¹ De todas maneras, se produjeron algunas batallas de cierta importancia, como las de Mohilev (18 de julio), Saltanovka (23 de julio) y Ostronovno (25-27 de julio), en los que murieron varios miles de soldados, tanto rusos como franceses.

que los comandantes rusos se vieron obligados a retroceder de forma sistemática ante la imposibilidad de entablar combate en condiciones favorables.

El 14 de julio, el Zar Alexandr I arengó a sus vasallos en Moscú y les pidió coraje. Pero poco más tarde, tras la batalla de Vitebsk (noroeste de Bielorrusia) del 28 de julio, los franceses entraron en esta ciudad y obligaron a los rusos a retirarse nuevamente sin ofrecer mayores combates. Ese mismo día también tuvo lugar la batalla de Jakubovo, sin ganador claro, aunque ocasionó numerosas bajas en ambos bandos, igual que la batalla de Polatsk, que tuvo lugar entre el 16-18 de agosto.

A mediados de este mes, los franceses llegaron ante los muros de Smolensk, junto al río Dnieper, una ciudad rodeada por murallas de tres metros de espesor, flanqueada por torres y defendida por 30.000 soldados rusos. Pero fue tomada sin demasiadas complicaciones entre el 17-18 de agosto tras una batalla que enfrentó a unos 200.000 soldados en cada bando y produjo una gran cantidad de bajas, obligando a los rusos a escapar apresuradamente, no sin antes incendiar la ciudad y abandonar enormes almacenes repletos de provisiones. Con la toma de Smolensk, Napoleón había alcanzado el momento crítico de la campaña rusa. Durante seis días, los cuerpos de la *Grande Armée* descansaron en los alrededores de la ciudad mientras su Señor meditaba a solas tratando de decidir sobre lo que debía hacer. Hasta aquel momento, había albergado la esperanza que la Campaña se resolviera rápidamente librándose una única y gran batalla. Pero tenía que aceptar el hecho de que habían fracasado tres intentos sucesivos. ¿Debía continuar hacia Moscú sin más dilación, o haría mejor deteniéndose, invernando en Smolensk y retomar la Campaña en primavera?

Los franceses persiguieron a los rusos y les dieron caza en Valutina el 19 de agosto, consiguiendo una nueva victoria aunque a costa de sufrir grandes pérdidas. Cinco días más tarde, el 24 de agosto, Napoleón tomó por fin una decisión: al día siguiente, la *Grande Armée* proseguiría su marcha hacia el este a pesar de la gran confusión que reinaba en la retaguardia y de la grave escasez de provisiones. El Zar, contrario a las negativas de Barclay de Tolly de entablar un gran combate contra los franceses, relegó al general de sus funciones y lo sustituyó el 17 de agosto por otro general, Mikhail Illarionovich Kutuzov, conocido como el “vencedor de los turcos”, contra los cuales perdió un ojo. Este general prometió salvaguardar Moscú, la “ciudad santa”, y aniquilar a los franceses. Finalmente, los rusos consiguieron establecer una posición defensiva y el 7 de septiembre se produjo la gran batalla, llamada Borodino por los rusos y Moskova por los franceses, la más sangrienta de todas las guerras napoleónicas, a 80 kilómetros al sudoeste de la capital rusa.

Napoleón estaba enfermo en aquel momento, incapaz de poner toda su atención en el campo de batalla; padecía un dolor agudo debido a un ataque de cistitis e inflamación de la vejiga, sumado a un resfriado que se combinaba con altas fiebres, y quizás los dos días que se demoraron en atacar fue producto de su indisposición. Napoleón arengó a su tropa con una famosa proclama: *“¡Soldados! Esta es la batalla que tanto habéis deseado, y la victoria depende de vosotros; esta nos es necesaria, pues os dará la abundancia, buenos cuarteles de invierno y un pronto regreso a la patria. Comportaos como en Austerlitz o en Friedland, y que la posteridad más lejana recuerde con orgullo vuestra conducta en esta jornada; que se diga de cada uno de vosotros: ¡Tomó parte en la gran batalla bajo los muros de Moscú”*.

Las dos Armadas contaban cada una con 120.000-130.000 hombres, aunque existen numerosas diferencias según las fuentes consultadas. Tras cuatro horas de combate, durante las cuales se dispararon alrededor de 120.000 cañonazos y unos 2.000.000 de

balas, fueron asaltadas y requisadas todas las baterías rusas. Al anochecer, la Armada rusa se retiró hacia Mohaisk y dejó en el campo de batalla a unos 55.000 hombres fuera de combate, entre muertos, heridos y desaparecidos, entre los que estaban incluidos 22 generales rusos, como el Príncipe Bragation, general en jefe de la Segunda Armada. Las pérdidas francesas fueron evaluadas en unos 28.000 soldados: 6.562 muertos y 21.450 heridos, que incluían a dos generales de división, seis generales de brigada y 460 oficiales.

A pesar que Napoleón se jactó de haber obtenido un gran triunfo, en absoluto se sintió satisfecho. Había profetizado la victoria ante Caulaincourt antes de empezar la batalla, pero esta no sería suficiente: *“Ganaremos la batalla: haremos trizas a los rusos, pero el resultado no será decisivo si no hacemos prisioneros”*. Según el mariscal e historiador francés Philippe-Paul De Ségur¹², *“los únicos trofeos de esta victoria imperfecta fueron 700 u 800 prisioneros y 20 cañones averiados”*.

El propio Napoleón rindió tributo al tesón y valentía de sus adversarios al quejarse de que se dejaban matar como autómatas y preferían el exterminio a la cautividad. La Armada rusa se retiró el 8 de septiembre con la mitad de sus fuerzas, y dejó franca la ruta hacia Moscú, que fue evacuada cumpliendo las órdenes de Kutuzov, quien siguió, por tanto, la misma estrategia que Barclay de Tolly, consciente que una batalla abierta sólo serviría para sacrificar inútilmente a su ejército¹³. De esta manera, los franceses marcharon sin oposición hasta Moscú.

El 14 de septiembre, a las dos del mediodía, el Emperador hizo su entrada triunfal en la capital rusa, vaciada de tanta provisión como pudieron por el Gobernador General de Moscú, el conde Fiódor Vasílievich Rostopchin. Al día siguiente, Napoleón se estableció en el Kremlin, el palacio de los zares, y nombró al mariscal Portier nuevo Gobernador de la ciudad, con la orden que evitara el pillaje y atendiera a los rusos heridos o a los moscovitas que no abandonaron su ciudad¹⁴. Napoleón creía que ahora el Zar se rendiría; pero no fue así, pues éste estaba convencido que los grandes fríos que se acercaban obligarían a los franceses a retirarse del territorio ocupado.

Entre el 14 y el 18 de septiembre se iniciaron muy diversos fuegos en Moscú que arrasaron casi por completo la ciudad, construida esencialmente de madera. Los fuegos provenían de sabotajes rusos, realizados por cientos de criminales liberados que debían quemar la capital a cambio de su libertad. A una señal precisa, el fuego apareció en distintos lugares a la vez. Los esfuerzos de los franceses para apagarlos resultaron inútiles, y no lo consiguieron completamente hasta el día 20, cuando tres cuartas partes de la ciudad, cerca de 4.000 casas de piedra y 7.000 de madera, quedaron reducidas a cenizas. Se ejecutó a un gran número de incendiarios y después las tropas francesas se dedicaron al pillaje y cometieron todo tipo de excesos.

¹² *Histoire de Napoléon et de la Grande-Armée pendant l'année 1812* (Paris, 1825)

¹³ Karl von Clausewitz, el eminente estratega e historiador prusiano, resumió así su opinión: *“Kutuzov, con seguridad, no hubiera luchado en Borodino, donde obviamente no esperaba ganar, pero la influencia de la Corte, el ejército y toda Rusia forzaron su decisión”*. Lo cierto es que el 13 de septiembre mantuvo una reunión con el Consejo de Guerra y dijo a sus oficiales: *“La salvación de Rusia está en su ejército. ¿Qué es preferible, perder el ejército y Moscú, aceptando una batalla, o entregar Moscú sin combatir?”*. El razonamiento de Kutuzov fue aceptado y el ejército retrocedió atravesando Moscú en dirección sudeste, hacia el pueblo de Ryazan.

¹⁴ A principios del siglo XIX, Moscú estaba poblada por unos 300.000 habitantes; pero al entrar las tropas francesas en la ciudad, tan sólo permanecían unos 50.000.

El 5 de octubre, una delegación oficial del Imperio salió de Moscú para negociar con Kutuzov un armisticio inmediato, y un acuerdo permanente con el Zar. El general ruso recibió a los representantes franceses de manera muy cortés y les dio a entender que ellos deseaban la paz. Sin embargo, no permitió que el diplomático francés, Lauriston, siguiera viaje hacia San Petersburgo y prosiguiera personalmente con su misión; muy al contrario, retuvo al enviado en el cuartel general ruso y envió sus cartas al Zar, junto a otra misiva de su puño y letra en la que le aconsejaba con insistencia evitar cualquier tipo de negociación. Alexandr I aceptó este consejo y los plenipotenciarios se presentaron ante Napoleón con las manos vacías. El Emperador no quiso creer que ésta fuera realmente la respuesta del Zar, y el 14 de octubre envió una nueva delegación. Finalmente, en vista del fracaso de esta nueva embajada, Napoleón se dio cuenta que se había equivocado al juzgar el carácter del Zar.

El Emperador francés había quemado su último cartucho y ahora debía defender una inmensa avanzada en forma de flecha que, en su parte más ancha, alcanzaba 680 km. y penetraba no menos de 890 km. en las profundidades de Rusia. El ejército ruso estaba en condiciones de atacar los flancos franceses y aislar de sus bases al grueso del ejército de Napoleón. No es extraño, pues, que el Zar rechazara las tentativas de paz y comentara, según se dice, que *“ahora es cuando empieza mi Campaña”*.

Tras valorar distintas opciones, los franceses comprendieron que lo más oportuno sería retirarse de Rusia para intentar salvar el grueso del ejército. Con los edificios salvados hubieran tenido abrigo para resistir el invierno, pero no había posibilidad de conseguir víveres para alimentar a todo el ejército, que estaba a 2.400 kilómetros de Francia. Un mes después de haber entrado en Moscú, el 18 de octubre, se inició la retirada francesa: 95.000 soldados de los 450.000 que habían formado el ejército central inicial, 500 cañones y miles de carros y otros medios de transporte con el botín de guerra y provisiones. Y entre ellos, un gran número de heridos y enfermos, pues el Emperador dio órdenes explícitas que no se los dejara atrás. Napoleón abandonaba una ciudad en ruinas sin que se hubiera producido la rendición rusa.

Durante esta retirada, las tropas francesas fueron constantemente hostigadas por los rusos, siempre en los lugares más vulnerables; y la caballería ligera, los Cosacos, fueron los encargados de atacar y destruir las unidades francesas aisladas. Resultó imposible aprovisionar a la Armada; la falta absoluta de hierba comestible debilitaba a los caballos y casi todos murieron, o fueron sacrificados para servir de alimento a los soldados hambrientos. Sin caballos, la caballería desapareció, y estos soldados tuvieron que andar como el resto de la tropa. Además, la falta de animales de tiro, unido a las carreteras embarradas por las lluvias de otoño, obligó al abandono de cañones y carros de combate, de manera que la artillería y el sostén logístico también desaparecieron.

La columna, que llegó a extenderse a lo largo de 80 kilómetros, avanzaba a duras penas hacia Mojaisk, pasando por Borovsk y Vereda, hasta que llegó a Borodino. El general Jean-Baptiste Marbot contaba en sus memorias que *“la tierra, surcada por las balas de cañón, estaba cubierta por los restos de cascos, corazas, ruedas, armas, uniformes hechos jirones, ¡y los 30.000 cadáveres medio devorados por los lobos! Los soldados del Emperador apretaron el paso, mirando de reojo, estremecidos, a esta inmensa tumba”*¹⁵. Unido al hambre, las enfermedades y el frío que cada día era más intenso, frecuentaron las deserciones, aunque la mayoría de desertores fueron

¹⁵ Los franceses habían enterrado a sus muertos en el campo de batalla, pero las lluvias habían desenterrado los fallecidos de 52 días atrás.

hechos prisioneros o asesinados por los campesinos rusos. En aquel momento, unos 30.000 rezagados permanecían en la cola de la columna y dificultaban las operaciones de la retaguardia, que debía dar marcha atrás continuamente para repeler a sus implacables perseguidores. Muy pronto, sólo quedó un puñado de soldados con sus caballerías en toda la *Grande Armée*, y los pocos vehículos que aún rodaban estaban cargados de enfermos y heridos. Muchos de estos desgraciados iban tan mal sujetos que se soltaban y perecían bajo los cascos o las ruedas de los convoyes; pero nadie se esforzaba por salvarlos, ni siquiera para apartarlos del camino.

A partir de noviembre de 1812, el invierno ruso causó grandes tormentos a los restos del ejército francés, y los soldados y caballos que aún vivían empezaron a morir de hambre, frío y fatiga. Las primeras ráfagas de nieve cayeron el 3 de noviembre, y en menos de una semana se produjeron las fuertes heladas. El 6 de noviembre, cuando se acercaban a Smolensk, la temperatura descendió de manera trágica y el suelo quedó cubierto de nieve.

En sus memorias, el sargento Bourgoigne, del regimiento de granaderos-fusileros, que en aquel momento tenía 27 años de edad, describió perfectamente aquella situación tan desesperada: *“Aquel día, el 6 de noviembre, la niebla era muy espesa, además de los -22 °R de temperatura¹⁶: los labios se nos congelaban y también nuestros cerebros. Toda la atmósfera era un pedazo de hielo. El viento era cortante y los copos de nieve eran enormes. No veíamos ni el cielo ni los hombres que andaban delante de nosotros. Estábamos agrupados, todos muy juntos cerca de un bosque, y tuvimos que esperar mucho tiempo antes de poder reiniciar nuestra marcha, pues la carretera era muy estrecha. Durante esta media hora varios hombres se echaron y murieron; muchos otros ya habían caído durante la marcha.*

Las filas se estaban reduciendo y este era sólo el comienzo de las adversidades. Cada vez que nos deteníamos a comer precipitadamente, los caballos que se quedaban atrás eran desangrados, recogíamos la sangre en una sartén, la cocinábamos y nos la comíamos; pero a menudo nos veíamos obligados a comerla antes de cocinarla, por si nos daban la orden de partida, o los rusos ya nos estaban cogiendo. En cualquier caso, no nos dábamos mucha cuenta.

Algunas veces vi a los hombres comer con tranquilidad mientras otros disparaban a los rusos para obligarles a seguir adelante. Llevábamos la sartén con nosotros, y cada uno, mientras avanzaba, metía los dedos en ella y cogía lo que quería. En consecuencia, se manchaba toda la cara de sangre. Muchas veces nos veíamos obligados a abandonar a los caballos por falta de tiempo, los cortábamos y había hombres que se rezagaban y se escondían por miedo a ser forzados a seguir adelante. Entonces se avalanzaban sobre la carne como buitres. Estos hombres casi nunca reaparecían: o eran capturados por los enemigos o morían de frío.

Dejamos atrás una cantidad enorme de muertos y moribundos, y después todavía fue peor porque debíamos andar a zancadas entre los cadáveres que yacían en el camino, procedentes de los regimientos que marchaban delante de nosotros. Lo peor lo vivió la retaguardia, pues fueron los testigos de todos los horrores padecidos por el ejército. Estábamos obligados empezar el día muy temprano y andar hasta muy tarde. Los días eran tan cortos que no teníamos luz hasta las ocho de la mañana, y a las cuatro de la tarde ya oscurecía. Esta era la razón por la que muchos hombres se

¹⁶ -22 °R = -28 °C.

perdían en el camino, pues siempre era de noche cuando llegábamos al vivaque y los que quedaban de los diferentes cuerpos militares estaban debilitados.

Se oían voces desfallecidas de los cuerpos que iban llegando: “¡Cuarto Cuerpo, Primer Cuerpo, Tercer Cuerpo, Guardia Imperial!”. Muchos, después de andar el día entero, se veían obligados a dar vueltas durante casi toda la noche hasta dar con su Cuerpo; casi nunca lo conseguían. Entonces, como no se habían enterado de la hora de salida de la mañana siguiente, no se despertaban a la hora, y al levantarse se encontraban a los rusos encima. Miles de hombres fueron capturados como prisioneros y acabaron muriendo.

La carretera no tardó en llenarse de cadáveres de hombres y caballos, a veces interceptándome el paso, pues ya no me quedaban fuerzas para levantar los pies del suelo. Cada vez que me caía tenía la impresión de que aquellos hombres, desafortunados, enterrados en la nieve, me arrastraban con ellos. Estos, a menudo intentaban agarrarse a las piernas de los que pasaban por ahí, e imploraban ayuda, y muchos de los que se detenían e inclinaban para socorrerles, se caían y no volvían a levantarse más. Encontré cerca de mí un hacha pequeña, como las que se llevan en cualquier campaña; traté de cortar un trozo de carne de caballo, pero estaba tan dura y congelada que me resultó imposible. Ya había agotado mis fuerzas de flaqueza y me derrumbé exhausto, pero los últimos esfuerzos me habían dado un poco de calor; gracias al hacha conseguí cortar unos pedazos de hielo, que después observé que eran la sangre de caballo; me comí unos cuantos y metí el resto en mi mochila. Recuperé fuerzas y me encaminé de nuevo confiando en que la bondad de Dios se ocuparía que evitara los cadáveres del camino. Proseguí mi marcha y cuando una nube eclipsaba la luz de la luna, me detenía y seguía el camino con mi intuición”.

Los almacenes de alimento de Smolensk, tan ansiados, estaban casi vacíos debido a la riada de unidades administrativas que se habían retirado por delante del grueso del ejército; y lo poco que quedaba fue dilapidado en tres días de brutales excesos. De los 95.000 soldados que habían salido de Moscú, sólo quedaban unos 41.500. Con todo, la Armada siempre avanzaba, a pesar del hostigamiento continuado de las tropas rusas. El 25 de noviembre llegaron frente al río Berezina, y Napoleón hizo construir puentes para poderlo cruzar, justo frente a la pequeña villa de Studienka, que sorprendentemente no estaba vigilada por los rusos. La travesía significó una victoria táctica de los franceses, pues rechazaron a los rusos y pudieron cruzar el río.

Sin embargo, atrás quedaron los enfermos, los heridos e incluso aquellos que se negaron a cruzarlo por cansancio o desespero la noche anterior a la batalla. Luego intentaron atravesarlo a la fuerza, pero se aglomeró una enorme multitud y muchos de ellos murieron ahogados, pues intentaron cruzar el río a pie, a pesar de que el espesor del hielo no era suficiente para soportar su peso. El río permaneció durante semanas repleto de cadáveres congelados, y se calcula que en los tres días que duró la operación cayeron probablemente entre 20.000-30.000 soldados franceses.

A principios de diciembre, Napoleón supo que en París, el general Claude-François de Malet había intentado un golpe de Estado¹⁷, y ante el peligro que pudiera repetirse otro que triunfara, el Emperador celebró un Consejo de guerra en el que dio instrucciones a sus subordinados, entregó el mando al general Joachim Murat y el día

¹⁷ Fue ejecutado por ello el 29 de octubre de 1812.

5 regresó a París desde la pequeña población de Smorgoni, adonde llegaría el 18 de diciembre por la tarde¹⁸.

En el curso de las siguientes semanas, los efectivos de la *Grande Armée* quedaron aún más reducidos. Entre Smogorni y Vilna se descolgaron de la columna otros 20.000 soldados, y en este momento las heladas fueron muy duras: el 5 de diciembre el termómetro marcaba -20 °C y el día 8, -26 °C.

Entre los días 8 y 10 de diciembre, los supervivientes llegaron desordenadamente a Vilna, y allí encontraron una gran abundancia de alimentos, galletas y carne, y gran cantidad de ropa y armamento. Murat tenía orden de Napoleón de permitir que sus hombres descansaran al menos ocho días en aquella ciudad, pero estaba tan inquieto por la cercanía de las tropas rusas, que ordenó la evacuación de Vilna la noche del 9, abandonando a su suerte a 20.000 heridos en los hospitales. Finalmente, el 14 de diciembre de 1812 abandonaron territorio ruso.

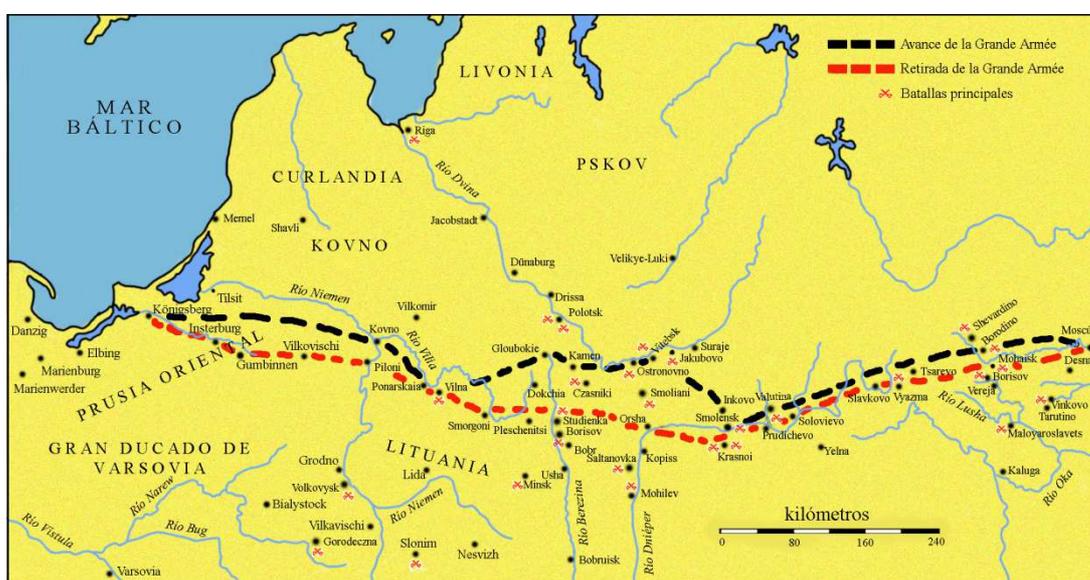


Imagen nº 1. La Campaña rusa de 1812: el camino de ida y vuelta y las batallas más significativas.

La Campaña de Rusia ha sido una de las catástrofes militares más espectaculares de la historia de la guerra. Los últimos estudios realizados sobre las pérdidas humanas en esta Campaña, indican que del lado francés murieron alrededor de 200.000 soldados, la mitad en combate (ver tabla en página siguiente), y el resto de frío, hambre y enfermedades; y entre 150.000-190.000 cayeron prisioneros en manos rusas, de los cuales muchos murieron. Del resto, 130.000 soldados abandonaron la *Grande Armée* en el curso de la marcha hacia Moscú, y cerca de 60.000 se refugiaron en casas de campesinos, nobles y burgueses rusos.

Al final, unos 25.000 soldados franceses del cuerpo central del ejército consiguieron cruzar el río Niemen de regreso a Francia. Y con ellos, los soldados que formaban parte de los flancos norte y sur: en total, 75.000 de los aproximadamente 620.000 hombres que habían entrado en Rusia. En definitiva, unos 550.000 soldados no pudieron volver a sus hogares, y se estima que sólo 1.000 de los que retornaron volvieron a ser aptos para el servicio. Por el lado ruso, se cree que murieron

¹⁸ Murat desertó más tarde, en Vilnius, para regresar a su reino de Nápoles y atender sus asuntos, aunque su marcha fue entendida por Napoleón y lo aceptó más tarde para que regresara al ejército. El mando de la tropa, tras la huida de Murat, quedó en manos de Eugène de Beauharnais.

alrededor de 300.000 soldados, unos 175.000 en combate. A pesar de los actos de generosidad por ambos bandos, los prisioneros que cayeron en manos de uno u otro ejército fueron, en general, maltratados.

Tras la caída de Napoleón, el rey francés Louis XVIII solicitó la repatriación de los soldados franceses que habían quedado en territorio ruso, en principio los 150.000-190.000 prisioneros más unos 190.000 desertores; pero en general fue un fracaso. De esta gran cantidad, unos pocos miles consiguieron sobrevivir a sus heridas, a las enfermedades, al frío, al hambre o a las ejecuciones efectuadas por cosacos o campesinos; pero la mayoría de ellos permaneció definitivamente en Rusia, y se sabe, por ejemplo, que en 1837 vivían 3.200 franceses en Moscú.

En la tabla siguiente se muestran las batallas más significativas que tuvieron lugar durante la Campaña de Rusia, la fecha en que ocurrieron y las bajas aproximadas (muertos y heridos) que se produjeron en ambos bandos. Es de notar que, en el lado francés, las bajas oscilaron, aproximadamente, entre los 133.000-184.000. No se sabe con exactitud cuantos de ellos murieron en combate, y cuantos de los heridos murieron posteriormente a causa de esas mismas heridas, o por otras causas, principalmente enfermedades, frío y hambre.

Batalla	Fecha	Bajas Rusas	Bajas Francesas
Mohilev	18.VII	2.000	1.000
Saltanovka	23.VII	2.500-5.000	1.000-4.000
Ostronovno	25-27.VII	3.000	3.300
Vitebsk	28.VII	3.000	1.400
Jakubovo	28.VII	3.500-4.500	5.000-5.500
Kliastitsy	30.VII-1.VIII	5.500	3.500-4.500
Swolna	11.VIII	800	1.500
Gorodeczna	12.VIII	3.000	2.250
Krasnoi	14.VIII	650	500
Polatsk	16-18.VIII	4.500-5.500	6.000
Smolensk ⁽¹⁾	17-18.VIII	11.700-12.700	3.800-3.900
Valutina	19.VIII	5.000-6.000	7.000-9.000
Schevardino	5.IX	6.000	4.000
Borodino (Moskova) ⁽²⁾	7.IX	45.000	35.000-60.000
Mohaisk	10.IX	2.000	2.000
Tarutino	18.X	1.200-1.500	2.500-3.500
Polatsk	18.X	8.000-12.500	8.000-9.000
Maloyaroslavets	24.X	6.000-8.000	5.000-6.000
Czasniki	31.X	400	1.200
Vyazma ⁽³⁾	3.XI	1.800	4.000
Volkovysk	14-16.XI	4.000	1.800
Smoliani	14-XI	3.000	3.000
Krasnoi ⁽⁴⁾	14-18.XI	3.600-5.000	6.000-13.000
Berezina ⁽⁵⁾	21-29.XI	4.000-6.000	25.000-35.000

(Studienka-Borisov)

Totales	130.150-144.850	133.750-184.350
----------------	------------------------	------------------------

- (1) Parte rusa: 4.700 muertos; 7.000-8.000 heridos / Parte francesa: 700 muertos; 3.100-3.200 heridos
- (2) Parte rusa: 15.000 muertos; 30.000 heridos / Parte francesa: 15.000-20.000 muertos; 20.000-40.000 heridos.
- (3) Parte francesa: 4.000 prisioneros.
- (4) Parte francesa: 20.000-26.000 prisioneros.
- (5) Parte francesa: 10.000 prisioneros.

A continuación se presenta el famoso gráfico (modificado) realizado en 1869 por Charles-Joseph Minard, “Inspector General de Puentes y Caminos en retiro”, un ingeniero civil francés reconocido por su notable trabajo en el terreno de los gráficos informativos. En este caso, muestra los efectivos de la *Grande Armée* a la ida (trazo en gris) y a la vuelta de Moscú (trazo en negro), en función del grosor de la línea¹⁹. Según Minard, que recopiló los datos a partir de las obras de los “*MM. de Chiers, de Ségur, de Fezerisac, de Chambray et de Jacob*”, el río Niemen fue cruzado a la ida por 422.000 soldados; únicamente 100.000 llegaron a Moscú, y tan sólo 10.000 lograron cruzar de regreso el mismo río Niemen.

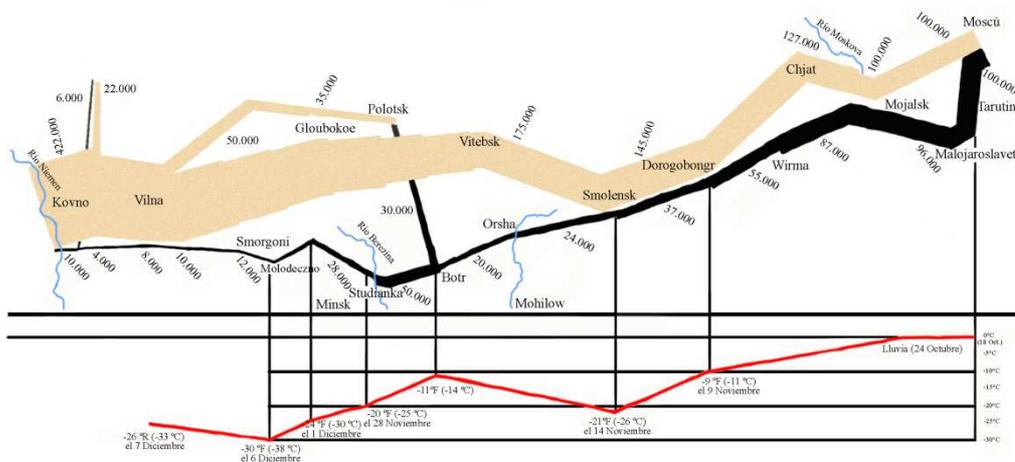


Imagen nº 2. Gráfico (modificado) realizado Charles Joseph Minard

Ciertamente, la Campaña rusa significó el principio del fin de Napoleón. Pero habría sido la lógica consecuencia de una curiosa profecía relativa al Emperador que reportaba Leon Tolstoi en su obra *Guerra y Paz*, revelada por los “hermanos masones” y sacada del Apocalipsis de San Juan Evangelista (cap. XIII, vs. 18): “*Aquí está la sabiduría; quien tenga inteligencia, cuente el número de las bestias, porque es un número de hombre y su número es 666*”. Y en el mismo capítulo, versículo 5, se añade: “*Y se le dio una boca que profería palabras llenas de orgullo y de blasfemia; y se le confirió el poder de hacer la guerra durante 42 meses*”.

¹⁹ En la parte inferior se añaden las terribles temperaturas, en grados Réaumur (1 °R = 1,25 °C), que fueron soportadas por las tropas tras la salida de Moscú, pues a partir del 18 de octubre ya se llegó a los 0 °R (= 0 °C).

Tolstoi añadía que las letras del alfabeto francés, igual que los caracteres hebraicos, pueden expresarse por medio de cifras, y atribuyendo a las diez primeras letras el valor de las unidades, y a las siguientes el de las decenas, ofrecen el aspecto siguiente:

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	20	30	40
	a	b	c	d	e	f	g	h	i	k	l	m	n
50	60	70	80	90	100	110	120	130	140	150	160		
	o	p	q	r	s	t	u	v	w	x	y	z	

Si se calcula con este alfabeto las palabras “*Le Empereur Napoléon*”, la suma de los números correspondientes da por resultado 666²⁰, de lo que resultaba que Napoleón era la “bestia”, el diablo que citaba el Apocalipsis. Además, al escribir con ese mismo alfabeto la palabra “*quarante deux*” (cuarenta y dos en francés), los “42 meses de poder para hacer la guerra”, la suma de sus cifras era también 666²¹, de lo que se deducía que el poder napoleónico debía terminar en 1812, fecha en la cual el Emperador cumpliría los 42 años.

El tifus durante la Campaña rusa

Al inicio de la Campaña se movilizaron alrededor de medio millón de hombres, que como se ha dicho anteriormente, fueron repartidos por los cuarteles del norte de Alemania e Italia. Mientras los cuerpos del ejército permanecieron separados, el tifus no revistió importancia y los hospitales establecidos en Magdeburg, Erfurt, Posen y Berlín atendieron a pocos pacientes.

Otras enfermedades en cambio, como la disentería, se mostraron bien pronto, y Johann von Scheerer²², cirujano adscrito al Cuerpo de Württemberg, fue testigo de sus inicios: “*a principios de mayo, la Armada inició una serie de marchas por todo el territorio polvoriento de Polonia. El calor excesivo durante el día, las bajas temperaturas durante la noche, más las frecuentes tormentas de lluvia provenientes del norte, dejaban el suelo desnudo y mojado, y la falta cada vez más frecuente de agua pura y provisiones frescas, junto a las grandes polvaredas que se cernían sobre las columnas en marcha, minaron las fuerzas de los soldados al principio de la campaña y muchos cayeron enfermos incluso antes de cruzar el río Niemen*”.

El verano de 1812 fue inusualmente cálido y seco, los hombres pudieron avanzar por los caminos sin grandes dificultades, y aunque las columnas de aprovisionamiento eran muy lentas, se enviaban con anticipación y pudieron mantener el ritmo de la marcha. La comida era relativamente abundante y al alcance de la mano, y la salud de la tropa era relativamente buena. Pero poco después se torcieron las cosas: casi 20.000 caballos, el doble de lo esperado, cayeron en batalla o por falta de agua y forraje en el camino de Vilna, y los hombres también sufrieron. El hambre y el agua contaminada produjeron las enfermedades comunes de campaña, la disentería y las fiebres entéricas de forma masiva. Apresuradamente, se levantaron hospitales en Danzig, Königsberg y Thorn, pero resultaron ineficaces para atender la gran cantidad de enfermos que regresaban de los campos de batalla.

Scheerer contaba que “*la marcha a través de Lituania fue tan apresurada como la de Polonia, y las provisiones empezaron a escasear; la carne del ganado que había muerto de hambre o agotamiento fue, durante mucho tiempo, el único alimento de los soldados, y los oficiales se veían impotentes para impedir que aquellos se*

²⁰ *Le empereur*: 20+5+5+30+60+5+80+5+110+80 = 400
Napoléon: 40+1+60+50+20+5+50+40 = 266; **400 + 266 = 666**

²¹ *Quarante*: 79+110+1+80+1+40+100+5 = 407
Deux: 4+5+110+140 = 259; **407 + 259 = 666**

²² Johann von Scheerer. *Historia Morborum, qui in expeditione contra Russiam anno 1812 facta legiones Wurttembergicas invaserunt; praesertim eorum qui frigore orti sunt* (Tubingae, 1819)

arrodillaran para beber en las charcas de aguas estancadas, aguas corrompidas. Las marchas continuaron durante los días calurosos en terrenos arenosos y polvorientos, hasta que llegaron las tormentas, con las lluvias y los vientos fríos. Con la aparición del mal tiempo se presentó una diarrea general, que ya se había observado en el momento de cruzar el río Niemen. Los hombres fueron atacados tan rápidamente en medio de la marcha que tuvieron que abandonar las filas. La ruta de la Armada, etapa a etapa, fue marcada por las continuas evacuaciones de los hombres que enfermaban, y su número fue tan grande que no todos pudieron ser atendidos. Cuando se agotaron los suministros médicos, el tratamiento médico fue simplemente imaginario.

Muchos enfermos quedaron atrás y un gran número de ellos murió por el camino. Dondequiera que estuvieran los enfermos, necesitaban verduras, alimentos a base de harinas y medicinas. Consecuentemente, no hubo ninguna barrera que impidiera la propagación de la enfermedad, sino muy al contrario, se llegó a su clímax máximo.

En el Cuerpo donde estaban integrados los soldados de Württemberg, era frecuente despertarse por la mañana y encontrar que habían muerto treinta hombres durante la noche. Muchos que aparentemente era muy fuertes, resultaron afectados por un repentino sudor nervioso y como si estuvieran paralizados, incapaces de moverse. Entonces sufrían vértigo, sed insaciable, dolor en los ojos y morían de forma inmediata sin presentar fiebre”.

Poco después del exitoso cruce del río Niemen, aparecieron unos pocos casos de una nueva y desastrosa infección, “*alta temperatura, una borrosa y rosada erupción y las caras que adquirían un tinte azulado, y muchos morían enseguida*”: el tifus apareció de manera implacable, convirtiéndose en una epidemia explosiva que mató a decenas de miles de personas, probablemente centenares de miles. Según informaban los diarios franceses y las memorias de los supervivientes, el campo polaco estaba repleto de campesinos infestados por piojos, y cabe recordar que el tifus ya era una enfermedad endémica en Rusia y Polonia. Los soldados estaban sometidos a una pobre dieta alimenticia y una mala calidad del agua, y por eso la disentería también alcanzó proporciones epidémicas terribles.

Los dispositivos médicos y sanitarios, brillantemente organizados por el gran Cirujano en Jefe de la *Grande Armée*, el barón Dominique-Jean Larrey²³, en compañía del Médico en Jefe de la Armada, el barón René-Nicolas Desgenettes, eran los mejores del mundo, pero no podían dar abasto en la escala en que se presentaba la enfermedad. Cualquier método preventivo resultaba inútil, pues las causas eran desconocidas. La falta de agua y las insuficientes mudas de ropa hacían imposible la limpieza corporal. El temor a los ataques rusos y a las represalias polacas obligaba a los hombres a dormir juntos en grandes grupos, de manera que los piojos de las cabañas infectadas se prendían a las costuras de la ropa y depositaban allí sus heces.

²³ El barón de Larrey participó junto a Napoleón en 25 Campañas, 60 batallas y 400 combates menores, atendiendo a los heridos en el mismo campo de batalla y creando el rápido transporte de los mismos mediante las llamadas “ambulancias volantes”. Fue autor de una gran obra titulada *Mémoires de Chirurgie militaire et Campagnes* (1817). En el tomo IV de esta obra trató sobre la *Campagne de Russie*, que describió en todo su conjunto. Napoleón citó a Larrey en su testamento de Santa Helena: “*Para el cirujano del ejército francés barón Larrey dejo la suma de cien mil francos. Es el hombre más virtuoso que he conocido. Ha dejado en mi espíritu la idea de un verdadero hombre de bien*”.

Los comentarios de valor más específico sobre la epidemia de tifus son los realizados por el Chevalier Joseph-Romain-Louis de Kerckhove²⁴, también conocido como vizconde de Kirckhoff van der Varent, nacido en la actual Bélgica y cirujano de la Armada francesa. Este autor describió las miserables condiciones de vida que encontró el ejército a su entrada en Polonia, y quedó consternado por la gran pobreza, miseria y esclavismo en que vivía la población, que contrastaba mucho con las que él conocía de otros países europeos.

Las lluvias de primavera convirtieron los caminos de tierra en lodo, en pantanos llenos de baches. El transporte de suministros fue un grave problema y los soldados tenían raciones de comida y agua muy insuficientes; por tanto, se vieron obligados a saquear a los campesinos que encontraban por el camino, y esta actividad los puso en contacto con ellos, lo cual permitió que el tifus se extendiera entre las unidades francesas. Las memorias de los soldados franceses indican que los campesinos los infestaron de pulgas, piojos y chinches de cama.

Como ya es sabido, el río Niemen fue cruzado por las tropas francesas el día 24 de junio. Unos días después, cuando el ejército llegó a Vilna, el tifus ya fue reconocido, aunque de forma puntual, pues los soldados desarrollaron “*fiebres altas y erupciones rosadas en sus cuerpos*”; y también se registraron casos en los hospitales de Minsk, Vilkomir, Globokie y Mittau, aunque el brote no resultó demasiado grave.

Los campesinos vivían realmente en casas miserables, cobertizos sucios e infectados por insectos, y los soldados se vieron forzados a vivaquear, soportando un clima variable: cálido de día y frío de noche. Un tal coronel Frezensac, que cayó prisionero en manos rusas, dejó escrito que “*tan pronto como se entra en Polonia, uno se encuentra con la imagen de la servidumbre y la miseria, campesinos sucios, campos poco cultivados, y las casas, chozas miserables, son tan sucias como sus habitantes. Además, los soldados rusos quemaron muchas aldeas y casas de campo al retirarse hacia el este. Esta política de “tierra arrasada” provocó que muchos campesinos vagaran por el campo y se unieran a las masas de refugiados. Los soldados dormían juntos debido a la amenaza del ataque ruso y de las represalias del campesinado; y la escasa producción de paja provocó que tuvieran que dormir en el suelo húmedo. Todas estas condiciones permitieron a los piojos vivir en un entorno ideal*”.

Sin duda, los piojos prosperaron en sus angustiados anfitriones. En este sentido, el soldado de infantería alemán Jacob Walter, de 24 años en aquel momento y originario de Württemberg, señalaba que “*los piojos parecían buscar la supremacía, pues su número de oficiales y soldados se contaban por miles*”²⁵.

En sus memorias, el sargento Bourgogne recordaba que “*yo había dormido sólo una hora, cuando sentí un hormigueo insoportable sobre todo mi cuerpo, ¡y para mi horror descubrí que estaba cubierto de piojos! Me levanté de un salto y en menos de*

²⁴ *Histoire des maladies observées à la grande armée française pendant les campagnes de Russie et d'Allemagne* (1814)

²⁵ Al final de su vida, y animado por su familia, Jakob Walter escribió un resumen de sus experiencias vividas durante el servicio militar, *Denkwürdige Geschichtschreibung über die erlebte Militärdienstzeit des Verfassers dieses Schreibens*. Los artículos fueron mandados a su hijo Albert, que había emigrado a Estados Unidos en 1856. El manuscrito cayó en el olvido hasta 1932, cuando fue descubierto y autenticado por un estudioso de la Universidad de Kansas, y poco después traducido al inglés y publicado como *A German Conscript with Napoleon*.

dos minutos quedé tan desnudo como un bebé recién nacido, y después tiré mi camisa y pantalones al fuego. El crujido que hicieron fue como un disparo rápido”.

Ya se ha comentado que el verano de 1812 fue muy caluroso y seco, y el pobre suministro de agua provocó que muchos soldados sufrieran de agotamiento. Jacob Walter escribió que: *“el calor era muy grande y el polvo como una niebla espesa; se veían las líneas cerradas de marcha de las columnas, el agua podrida en medio de los muertos, y el ganado que también iría a morir. Y ojos doloridos, fatiga, sed y hambre como tormentos para todo el mundo”.* La disentería y el tifus adquirieron tasas formidables, y tras la batalla de Ostronovno, a finales de julio, se contabilizaron más de 80.000 enfermos.

Según de Kerckhove, tras cruzar la frontera polaca, los soldados fueron atacados severamente por disentería y diarrea. A principios de agosto, unas cinco semanas después de haberse iniciado la Campaña, se estima que habrían muerto alrededor 80.000 soldados, sobre todo a causa de disentería, aunque también debido al tifus.

Moscú estaba aún a 480 kilómetros al este y los soldados rusos seguían retrocediendo; pero antes del 25 de agosto, el ejército francés habría perdido 105.000 soldados de los 450.000 que conformaron su ejército central. En Lituania, la *Grande Armée* se encontró con grandes masas forestales y caminos maltrechos; las ciudades y aldeas habían sido quemadas por los rusos, de manera que había poco abrigo y menos alimento.

Tras la batalla de Smolensk (14-18 de agosto) fueron atendidos en esta ciudad entre 6.000-10.000 soldados heridos (incluidos los del bando ruso); y ahora el tifus, y también la diarrea y la disentería, se extendieron por todo el ejército. La ciudad había quedado parcialmente destruida por el fuego, pero los ingenieros de Napoleón consiguieron improvisar refugios transitorios, y la línea de suministros a Alemania y Francia permanecía abierta. Un invierno de descanso, buenas raciones, abundante agua, cuidados médicos y control sanitario habrían restaurado al quebrado ejército francés, dando tiempo para la llegada de refuerzos. Los franceses habrían consolidado su posición en Polonia y podrían haber lanzado un definitivo ataque sobre Rusia en el verano de 1813. Ésta era la opinión de de Kerckhove, cuando escribió que *“si Napoleón se hubiese contentado conjugar el juego de la espera, su campaña habría sido exitosa y su dominación sobre la Europa Central y Oriental se habría establecido permanentemente”.*

De Kerckhove estuvo adscrito a una Compañía del ejército compuesta inicialmente por 42.000 hombres. Cuando cruzaron el río Moskova, a principios de septiembre, esta había quedado reducida a menos de la mitad de sus efectivos, y a 5 de septiembre se cree que habrían caído unos 30.000 hombres víctimas del tifus. En la batalla de Borodino fueron heridos otros 30.000 soldados franceses y ya fue imposible que los médicos realizaran su trabajo con un mínimo de garantías.

El 14 de septiembre las tropas del Emperador entraron en Moscú. Durante el mes que permanecieron en la capital rusa, la salud de los soldados empeoró mucho: estaban muy mal alimentados, pues no comían más que carne salada y pescado e ingerían grandes cantidades de vino y licores.

La capital rusa tenía un buen número de hospitales bien equipados, sobre todo el de los “Niños Encontrados”²⁶, que pronto se llenaron de enfermos y heridos. Mientras

²⁶ Para el Dr. Larrey, este hospital, *“situado sobre del río Moskova y protegido por los cañones del Kremlin, es sin duda el más vasto y bello establecimiento de este género que existe en Europa”.*

una gran parte de la ciudad estaba quemada y en cenizas, toda la tropa infectada permaneció alojada de forma precaria, o incluso acampó en las afueras de la ciudad.

Según el médico francés Michel-Jules Lemazurier²⁷, autor de la mejor fuente de información sobre las enfermedades que afectaron a la *Grande Armée* en esta Campaña, en Moscú se contabilizaban 15.000 soldados enfermos o heridos. Scheerer observaba que *“la enfermedad más común, incluso en Moscú, fue el tifus, y cuando el ejército francés se retiró de la ciudad, dejó atrás varios miles de enfermos, pues sólo los más fuertes fueron cargados en los vagones. Del resto, murieron casi todos”*.

Pocos tenían una muda de ropa, y menos aún podían lavarse adecuadamente. El invierno fue muy severo aquel año, pero el daño ya se había producido antes que llegara esta estación. Las temperaturas gélidas sólo empeoraron las cosas, pues los soldados se vieron obligados a agruparse en busca de calor, lo que facilitó aún más el movimiento de los piojos.

El 7 de noviembre, los rusos tomaron Dorogobouche, cerca de Smolensk, y el general Robert Wilson, de la Comisión Militar británica que asesoraba a los rusos, quedó atónito por lo que vio: *“masas desnudas de hombres muertos y hombres que morían: carcasas de miles de caballos que, en algunos casos, habían sido cortados como alimento antes que hubiera muerto el animal. El anhelo por comer formaba grupos de caníbales, con el aire envuelto en llamas y humo; los rezos de los centenares de desgraciados desnudos, que gritaban desesperados a través de las maderas; las ruinas de los cañones, de los carromatos y de los almacenes militares, y una enfermedad extraordinaria que se adecuaba a la del clima. Todo formaba parte de una escena tal como nunca antes en tal grado fue atestiguado probablemente en la historia del mundo”*.

El ejército prosiguió su avance para conseguir la ansiada comida y el refugio en Smolensk, donde se llegó dos días más tarde, el 9 de noviembre. Entre Moscú y esta ciudad murieron otros 50.000 soldados, más de la mitad de los que habían salido de Moscú, y la cohesión del ejército se había desintegrado por completo. El número de enfermos era enorme y el tifus se extendía cada vez más. Cuando Smolensk fue reocupada, sólo quedaban 2.000 soldados de caballería. La disciplina se había deteriorado a tal extremo que las raciones no podían ser distribuidas con equidad, y además la falta de alimentos era gravísima, pues la reserva y el grupo de comunicaciones habían consumido casi todos los suministros apartados para la vuelta del ejército. Sin sustento en Smolensk, Napoleón evacuó el pueblo el 13 de noviembre, dejando allí a unos 20.000 enfermos, ingresados en los hospitales de campaña o simplemente en casas destrazadas.

El capitán Franz Roeder, enrolado en el ejército de Hesse, sólo mandaba a 58 soldados el 12 de noviembre, y 46 de ellos estaban enfermos. Roeder luchó contra el hambre y el frío, incapaz de sacarse los piojos de su camisa durante 10 días. Contrajo tifus y disentería, y más adelante, él y sus exiguas tropas fueron capturadas por los cosacos. Finalmente, consiguió regresar a Alemania.

Poco después tuvo lugar la trágica travesía del río Berezina, otro desastre para la Armada. Incluso el doctor Larrey fue salvado únicamente gracias al afecto y agradecimiento que sentían por él los soldados, que lo pasaron sobre sus cabezas a

²⁷ MJ Lemazurier. *De la campagne de Russie*, en *Récueil de mémoires de médecine, chirurgie, et pharmacie militaires*, vol. III (Paris, 1817).

través del puente. En aquel momento, el tifus seguía siendo la enfermedad predominante, pero eran también muy significativos los casos de disentería y neumonía. Los franceses consiguieron cruzar el río el 28 de noviembre, y ya sólo quedaban 28.000 soldados a los que había que sumar unos 30.000 rezagados. Al día siguiente, Napoleón escribió: *“comida, comida, comida, sin ella no hay horrores que esta masa indisciplinada no vaya a cometer en Vilna. Quizás el ejército no se rehaga antes del Niemen. No debe haber agentes extranjeros en Vilna. El ejército no es hoy un lindo espectáculo”*. Entre Smorgoni y Vilna murieron 20.000 soldados más, muchos de ellos por congelación. El 8 de diciembre consiguieron llegar a esta última ciudad unos 7.000 soldados y 20.000 rezagados, muchos de ellos enfermos, después de haber marchado a través de espesas nevadas y ser arrastrados por un fuerte viento del nordeste. Del tercer Cuerpo del ejército, mandado por el Mariscal Ney, sólo permanecían veinte hombres.

En Vilna, los soldados enfermos y exhaustos buscaron refugio en casas particulares y también fueron acogidos en hospitales, que rápidamente quedaron completamente hacinados. Los soldados permanecieron en condiciones terribles, echados sobre la paja putrefacta por sus propios excrementos, padeciendo un frío intensísimo y sin recibir ninguna atención. Los pasillos y las salas estaban repletas de cadáveres y desechos de todo tipo, y las habitaciones estaban igualmente sucias, pues nadie retiraba los excrementos. El médico francés Jean-Charles Gasc, testigo ocular y autor reconocido que había tratado anteriormente sobre el tifus, comentaba que *“los pasillos estaban atestados de cadáveres y había que andar sobre ellos para entrar en las habitaciones”*.

En la ciudad existían suficientes reservas alimenticias, pero el desenfreno las redujo rápidamente y pronto se pasó al hambre más extremo. Dos días después, el 10 de diciembre, el ejército francés partió apresuradamente de Vilna, dejando a unos 30.000 enfermos y heridos en una situación extrema. Una vez entraron los rusos, el general Wilson contaba que muchos soldados deliraban de fiebre y hambre; muchos roían el cuero y otros se alimentaban de la carne de sus propios compañeros: *“el hospital San Bazil en Vilna se convirtió en el sitio más horrible y espantoso: 7.500 cadáveres se amontonaban como cerdos en los pasillos, y por las ventanas rotas se veían pies, piernas, brazos, manos, troncos y cabezas que se adaptaban a las aberturas para proteger del frío a los que aún permanecían dentro con vida. Los excrementos fueron quemados en las calles porque los rusos pensaban que el humo alejaba los vapores pestilenciales”*.

Cuando el Zar llegó a Vilna, se empezó a restaurar el orden. Pero fue demasiado tarde, pues casi todos los pacientes hospitalarios ya habían enfermado de tifus, y según Lemazurier, la mayoría de los 30.000 prisioneros franceses murieron por esta causa. En poco tiempo, la enfermedad se propagó por toda la ciudad, no únicamente porque los soldados hubieran sido alojados en casas particulares, sino porque los judíos se apoderaron de la ropa de los muertos, y de los 30.000 que habitaban la ciudad, no menos de 8.000 fallecieron por tifus. En febrero y marzo de 1813, todas las clases sociales de Vilna fueron atacadas por la enfermedad, que se extendió también por las ciudades y aldeas del país. Lemazurier aseguraba que entre mediados de 1812 y principios de 1813 fueron enterrados unos 55.000 cuerpos en Vilna; y las estimaciones hechas en Vitebsk, Smolensk y Moscú estaban en la misma proporción. A finales diciembre de 1812 se contabilizaban unos 25.000 enfermos en Vilna; pero en junio de 1813 apenas 3.000 seguían con vida.

Un equipo de investigadores franceses de la Facultad de Medicina de la *Université de la Méditerranée* (Marsella), dirigidos por el Dr. Didier Raoul, publicaron en la revista *The Journal of Infectious Diseases* un estudio realizado en el año 2001 en Vilna, en unas fosas comunes de las afueras de la capital lituana, donde calcularon que se habían enterrado entre 2.000 y 3.000 soldados franceses.

Tras analizar dos kilogramos de tierra procedente de las tumbas, que contenían fragmentos de huesos y ropa, encontraron también los restos de cinco piojos corporales. Estudiaron minuciosamente su ADN y descubrieron que tres de ellos habían sido parasitados por la bacteria *Bartonella quintana*, responsable de la llamada fiebre de las trincheras. Después, analizaron la pulpa dental de 72 dientes, pertenecientes a 35 soldados, y descubrieron que 7 de ellos presentaban ADN de *B. quintana*, y otros 3 ADN de *Rickettsia prowazekii*, la responsable del tifus.

Como bien dijeron estos investigadores, “*detectar el ADN de una bacteria en los dientes no supone necesariamente que este microorganismo fuera la causa de la muerte del individuo, pero es muy probable que sí lo fuera*”. Estos estudios no podían aclarar la incidencia real que tuvieron estas dos enfermedades, pero confirmaron la existencia de piojos corporales infestados por patógenos, y la convicción que pudo ocurrir un brote tífico de gran importancia.

A finales de diciembre, poco más de 40.000 soldados y rezagados cruzaron el río Niemen (10.000 según Joseph Minard), escapando definitivamente de las tropas rusas. Se ha estimado que unos 400.000 soldados habrían muerto de enfermedades, frío o heridas de guerra; de ellos, unos 220.000 habrían fallecido de enfermedades, la mayoría de tifus. Los rusos capturaron cerca de 100.000 franceses y sólo la mitad sobrevivió a las duras condiciones de internamiento. La Armada rusa también sufrió disentería, tifus, malnutrición y frío, y aunque no se tienen estadísticas precisas sobre sus pérdidas, al menos 100.000 habrían muerto de heridas de guerra y enfermedades. Y un sinnúmero de campesinos rusos y polacos también habrían fallecido por las mismas causas.

El 20 de diciembre, Napoleón habló ante el Senado y culpó al invierno ruso como responsable de su desgracia militar: “*mi ejército ha tenido algunas pérdidas, pero se debió a los rigores prematuros de la temporada*”. Madame Junot, esposa del general Jean-Andoche Junot, que había participado activamente en la Campaña rusa, escribió en sus *Mémoires* (1831-1834) que “*la vanidad moscovita fue reacia a reconocer que el clima tuvo una gran importancia en su victoria, a pesar que este era un comentario general en Rusia entre la gente común; y ellos tenían muy claro que no fue el general Kutuzov, sino el general Frío, quien destruyó al ejército francés*”. El médico británico Frederick F. Cartwright añadió que “*esta es la opinión aceptada, pero para completar el cuadro, al general Frío habría que añadir el general Tifus y el general Napoleón*”. Los rusos también sufrieron gravemente esta enfermedad mientras perseguían al ejército francés, y según el médico prusiano Wilhelm Ebstein²⁸, entre el 20 de octubre y el 14 de diciembre, el general Kutuzov perdió a 61.964 hombres, la mayoría de ellos debido a la “fiebre nerviosa”, al tifus.

La catástrofe de 1812 dejó muy mermado el potencial militar de Francia, y dada la magnitud de las pérdidas sufridas, unos 570.000 soldados, a Napoleón le iba a resultar extremadamente difícil reconstruir su ejército para hacer frente a la amenaza inminente de Rusia y Prusia. Y más aún rehacer el cuerpo de caballería, pues había

²⁸ *Die Pest des Thukydidés* (1899).

perdido más de 200.000 caballos adiestrados, incluyendo los de caballería, artillería y servicios de transporte. Esta deficiencia tendría graves consecuencias durante las campañas posteriores. Las razones de esta catástrofe se encuentran sobre todo en su estrategia de campaña, y el principal motivo de la derrota fue el problema logístico, que no podía ser resuelto en aquella época, pues los recursos con que se contaba no permitían alimentar y equipar a más de 600.000 soldados en territorio enemigo.

El ejército de Napoleón se vio afectado tanto por el calor del verano como por el rigor del invierno, pues decenas de miles de caballos murieron antes de que Napoleón llegara a Moscú; y decenas de miles de soldados causaron baja por enfermedad, fatiga o excesivo calor, antes de la batalla de Borodino. Por tanto, la canícula de julio y agosto fue tan responsable de la derrota del Emperador como las heladas de noviembre y diciembre. No hay duda que la estrategia rusa de ganar tiempo renunciando al territorio fue la más acertada para enfrentarse al ejército francés, aunque ya se ha comentado anteriormente que no está claro si fue el resultado de un plan deliberado o si fueron obligados por las circunstancias.

La fuerza militar francesa nunca se recuperó de sus pérdidas en Rusia. Es evidente que la epidemia de tifus desempeñó un papel clave en la suerte del ejército de Napoleón, y la retirada de su ejército, unido a la persecución de los rusos, fueron la causa de la propagación de esta enfermedad por todo el este europeo.

Tras la Campaña rusa: Campaña de Alemania y permanencia del tifus

Como se ha comentado anteriormente, a principios de diciembre de 1812, Napoleón regresó apresuradamente a París desde Rusia, dejando el mando de la descompuesta *Grande Armée* a Joachim Murat, en aquel momento rey de Nápoles, quien poco después lo entregó al entonces virrey de Italia, Eugène de Beauharnais.

Los rusos también atravesaron el río Niemen con la intención de combatir a Napoleón en el centro de Europa, con una tropa formada por unos 110.000 soldados, que fueron respaldados por los prusianos. Estos vieron la ocasión histórica de recuperar su antiguo esplendor, y tras reunir al principio un ejército formado por más de 80.000 hombres, el día 13 de marzo de 1813 declararon la guerra al Emperador francés. Los alemanes, envalentonados por las acciones de prusianos y rusos, y viendo la posibilidad de liberarse, estaban a punto de revoltarse.

Por tanto, Napoleón se vio obligado a desplegar un nuevo y gran ejército para defender sus posiciones. Consiguió rescatar 30.000 soldados de la Campaña rusa y pudo reunir una nueva Armada en Sajonia compuesta por unos 650.000 hombres, aunque la mayoría de ellos eran jóvenes inexpertos. De toda la tropa, únicamente 250.000 efectivos estuvieron bajo sus órdenes directas, pues el grueso de las fuerzas restantes estaba formado por sajones y bávaros, sus principales aliados, que integraban la llamada Confederación del Rin. En Italia, el reino de Nápoles de Joachim Murat y el reino de Italia de Eugène de Beauharnais aportaron un ejército combinado de alrededor de 100.000 hombres; y entre 150.000-200.000 fueron retirados de España para engrosar la Armada y compensar la inexperiencia de las tropas reclutadas hasta el momento. Sin embargo, los soldados alemanes de las fuerzas francesas eran poco fiables y tendían a desertar e ingresar en el bando contrario. Es razonable pues, estimar que Napoleón pudo contar únicamente con unos 450.000 efectivos, la mitad que sus oponentes.

Caulaincourt escribió que *“Francia era un inmenso taller. La nación francesa al completo ignoró los fracasos de Napoleón y todos rivalizaban en entusiasmo y*

entrega. Era tanto un ejemplo glorioso del carácter francés como un triunfo personal del Emperador, que con una energía extraordinaria aplicó su mente prodigiosa a la organización y dirección de ese gran esfuerzo nacional. Todo se creaba como por arte de magia”.

En los primeros compases de la guerra, se produjeron dos grandes batallas, que fueron ganadas por los franceses: Lützen (2 de mayo) y Bautzen (20-21 de mayo), pero Napoleón sufrió pérdidas muy elevadas²⁹ y no logró una victoria decisiva. En estas dos confrontaciones bélicas, que se sitúan entre las más grandes de la historia militar, se enfrentaron más de 250.000 hombres.

Desde los primeros combates, Napoleón descubrió el coraje de sus jóvenes soldados; pero pudo comprobar también que su inexperiencia los conducía a la muerte, y en la primera batalla ya perdió alrededor de 18.000 hombres de este contingente. Las primeras victorias de Napoleón no fueron decisivas, pues le faltaba la ansiada caballería ligera, indispensable para reconocer el terreno y que el ejército pudiera maniobrar rápidamente. Además, las derrotas en las batallas menores que dirigieron sus mariscales restaron importancia a las victorias del Emperador.

El 4 de junio fue firmado el armisticio de Plaswitz, que perduró hasta el 16 de agosto; pero esta paz temporal no convino a los franceses, pues los aliados habían sido debilitados en los primeros combates y tuvieron tiempo para recomponerse y reforzarse³⁰. Además, para empeorar la situación francesa, el Mariscal de Campo británico Arthur Wellesley, duque de Wellington, a la cabeza de un poderoso ejército, batía a los franceses en España, en la batalla de Vitoria (21 de junio), y se acercaba al sur de Francia.

El día 15, Inglaterra entregó 2 millones de libras a Rusia y Prusia, y prometió 500.000 a Austria si se decidía a entrar en guerra. El 7 de julio, Suecia ofreció su apoyo total a los aliados; y el 19, Austria se comprometió en la Convención de Reichenbach, celebrada en secreto, a dirigir todo su poderío militar contra Napoleón si éste no aceptaba los términos acordados. Finalmente, el 12 de agosto, Austria declaró la guerra a Francia y se puso fin al corto armisticio.

Napoleón estuvo reuniendo tropas lo más rápidamente que pudo, y en agosto ya disponía de 559 batallones, casi 400 escuadrones y 1.280 piezas de artillería, que probablemente sumaban 400.000 soldados de infantería y casi 40.000 de caballería. Además, contaba con unos 250.000 hombres más, repartidos entre las tropas que guarnecían las fortalezas del río Elba, los destacamentos aislados que resistían en partes alejadas de Polonia, las unidades del príncipe Eugène en Italia y los bávaros junto al río Inn.

²⁹ Lützen: por el bando francés murieron 2.757 soldados y fueron heridos 16.898; por el bando aliado, entre heridos y muertos, se estima que se produjeron 11.500-20.000 bajas. Bautzen: en el bando francés, 20.000 bajas entre muertos y heridos, el mismo número que en el bando aliado.

³⁰ El Emperador escribió el 2 de junio que *“este armisticio supondrá un alto en mi victoriosa marcha. Dos circunstancias me han hecho tomar esta determinación: la escasez de caballería, que me impide asestar golpes decisivos, y la actitud hostil de Austria”.*

Pero también hubo otros aspectos que aconsejaban a los franceses aceptar el armisticio: el desgaste estratégico que había sufrido el ejército de organización y forma física deficiente; el gran número de muertos en batalla; el esfuerzo de las continuas marchas y batallas, que había provocado unas 90.000 bajas por enfermedad, a las que se añadía el preocupante número de rezagados que se quedaban por el camino; los continuos cortes en las líneas de comunicación por los frecuentes ataques de la resistencia y de los cosacos, que impedían el envío de convoyes de provisiones y munición.

En la parte aliada, los rusos disponían de 184.000 soldados; los prusianos, 160.000; los suecos, 40.000 y los austriacos, 127.000; en total, más de 500.000 soldados, y se preveía que otros 350.000 hombres, entre reservistas y tropas de segunda línea, podrían incorporarse en breve. Esta conjunción de tropas aliadas constituía un verdadero regreso a la guerra ligada a la Sexta Coalición, y estaba formada por cuatro Armadas: la primera, el Ejército del Norte, al mando del antiguo general francés Jean-Baptiste Bernadotte³¹, compuesta por prusianos y suecos, y también soldados ingleses y alemanes que habían sido pagados por Inglaterra.

La segunda, al mando de Gebhard Leberecht von Blücher, Mariscal de Campo prusiano, que comandaba el Ejército de Silesia, den mayoría prusiana, y que operó en el centro de Alemania.

La tercera, el Ejército de Polonia, al mando de August Gottlieb Theophil, Conde von Bennigsen, general alemán al servicio del zar, con un ejército de mayoría rusa y también prusianos, que asediaron la ciudad de Danzig (actual Gdańsk, Polonia).

La cuarta, el Ejército de Bohemia, al mando del ruso Baclays de Tolly y del Mariscal de Campo Karl Philipp, Príncipe de Schwarzenberg, que había participado en la Campaña rusa junto a Napoleón. Estas tropas estaban formadas por 200.000 soldados austro-rusos, y golpearon con dureza al ejército francés, pues eligieron una nueva estrategia para derrotar a Napoleón: no enfrentarse directamente a las tropas dirigidas por él, sino luchar contra sus generales y mariscales, que al principio de la Campaña habían demostrado debilidad y escasos dotes militares.

Los aliados vencieron en diversas batallas en el norte y sur de Alemania, y reunieron sus fuerzas para forzar una gran batalla en Dresden, la capital de Sajonia, donde los efectivos del Mariscal francés Gouvion-Saint Cyr resistían ante las fuerzas austriacas de Schwarzenberg, muy superiores en número. Saint-Cyr se vio obligado a pedir ayuda a Napoleón, y este, trastocando sus planes iniciales, tuvo que dirigirse hacia esta ciudad, realizando una marcha prodigiosa, pues entre el 22-26 de agosto, los reclutas de los cuerpos principales recorrieron 190 kilómetros, aunque es cierto que muchos se quedaron por el camino en las últimas etapas. Y al día siguiente, 27 de agosto, con una fuerza de 120.000 hombres (en Dresden permanecieron 70.000 soldados más), el Emperador atacó el ala derecha del ejército aliado y consiguió una gran victoria, la última gran victoria de Napoleón, aunque no fue completa, pues sus oponentes consiguieron huir y recomponerse³².

Desde mediados de agosto, Napoleón había perdido, de una manera u otra, 300 cañones y 150.000 hombres, sin contar los 50.000 que estaban en situación de baja por enfermedad. El resto de las tropas se encontraba al borde de la inanición, y en lugar de los tres cuartos de kilo de pan por persona y día, como establecía el reglamento, se distribuía sólo un cuarto. En vista de las dificultades, Napoleón ordenó la retirada inmediata al oeste del río Elba, cuando aún contaba con la presencia de 260.000 soldados, agotados, y 784 cañones mal montados.

³¹ Bernadotte, antiguo mariscal de Napoleón, fue elegido sucesor de Karl XIII, el último rey sueco de la dinastía Holstein-Gottorp, que murió sin descendencia. La intención era recibir el apoyo del Emperador francés y arrebatar Finlandia a los rusos, que había sido anexionada en 1809. Sin embargo, las alianzas entre franceses y suecos no prosperaron. El mariscal fue coronado en 1818 como Karl XIV de Suecia y dio inicio a la Casa Real de Bernadotte, la actual casa real de Suecia. En tan sólo 38 años, Bernadotte pasó del rango de soldado al servicio del rey de Francia, a rey de Suecia y Noruega.

³² En el bando francés se produjeron 10.000 bajas, entre muertos y heridos; en el bando aliado, 38.000, entre muertos, heridos y prisioneros.

Napoleón se replegó hacia Leipzig, y el 16 de octubre concentró en esta ciudad a casi 200.000 hombres, los cuales combatieron, en la llamada “Batalla de las Naciones”, contra una fuerza muy superior, más de 300.000 soldados y casi 1.500 cañones integrados en los Ejércitos del Norte, Bohemia y Silesia. Al finalizar el día, habían muerto unos 25.000 soldados franceses, y la jornada siguiente se presentaba terrible, pues los aliados recibieron refuerzos y sumaron alrededor de 450.000 hombres.

El día 18, Napoleón ordenó la retirada y su ejército cruzó un puente sobre el río Elba. Sin embargo, antes de que los franceses pudieran completar el paso, los cañones enemigos destruyeron el puente y 15.000 soldados quedaron en el otro margen del río, a merced de los aliados, que los masacraron o hicieron prisioneros³³.

Esta derrota puso fin a la Campaña de Alemania: vencidos, los restos de la Armada francesa se replegaron hacia el Rin, donde el ejército francés pretendía descansar y reponerse para retomar las operaciones. A finales de 1813 capitularon las guarniciones francesas aisladas que quedaban en Polonia y Alemania (Saint Cyr resistió en Dresden hasta el 11 de noviembre), y el antiguo sueño de conquistar Europa se transformó en una lucha encarnizada por defender su territorio.

En conjunto, la retirada al Rin de Napoleón fue un éxito. Los aliados estaban demasiado satisfechos con su victoria y no persiguieron a los franceses, que se retiraban hacia Frankfurt y Mainz por su línea principal de comunicación, y de camino iban recogiendo las provisiones y municiones de sus depósitos. El 23 de octubre, unos 100.000 soldados franceses, muchos de ellos en estado deplorable, llegaron a Erfurt, y al partir al día siguiente, se llevaron consigo mucho material de los bien provistos arsenales de la ciudad.

Sin embargo, como sucedió en la retirada de Rusia, el ejército francés se desorganizó en gran manera, y un observador aliado comentó que *“cada día había más cadáveres y caballos muertos. Miles de soldados, desfalleciendo de hambre y cansancio, se quedaban por el camino sin poder llegar a un hospital. En varios kilómetros a la redonda los bosques se llenaron de rezagados y de soldados agotados y enfermos, encontrándose carros y armas por todas partes”*.

Menos de tres semanas después de la gran derrota de Leipzig, Napoleón ya había regresado a su residencia de Saint-Cloud, dedicado nuevamente a planificar la defensa del territorio francés, después de presenciar, por segundo año consecutivo, la aniquilación de medio millón de sus soldados y un alarmante retroceso de las fronteras del Imperio.

Como es bien sabido, la derrota posterior de Napoleón fue inapelable y los aliados entraron en París y el Emperador fue obligado a abdicar. El 13 de abril de 1814 firmó el Tratado de Fontainebleau y fue exiliado a la isla de Elba.

³³ En el bando francés se produjeron 38.000 bajas, entre muertos y heridos, y además fueron cogidos 20.000 prisioneros; en el bando aliado las bajas ascendieron a unos 54.000 hombres, entre muertos y heridos.

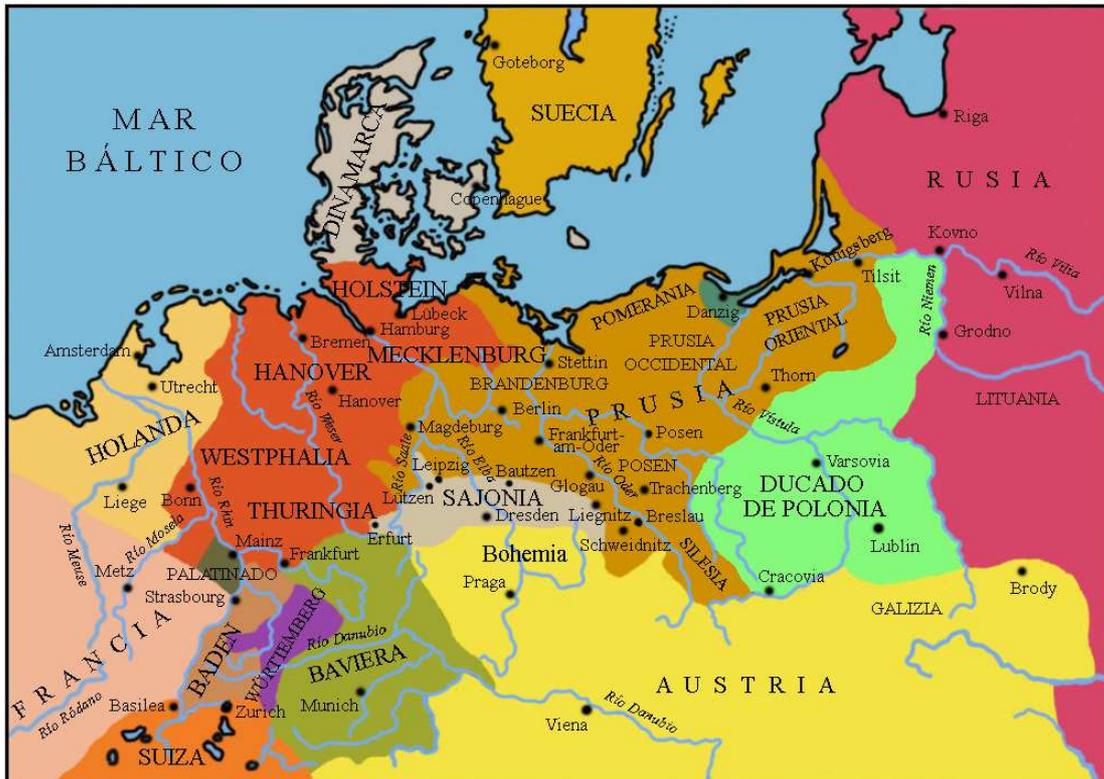


Imagen nº 3. Configuración de la Europa central en 1813.

Que el “tifus contagioso” de las guerras napoleónicas fue la misma enfermedad que el tifus epidémico es una evidencia, y los médicos de mediados del siglo XIX, que ya habían distinguido un tanto las diferencias entre tifus y fiebre tifoidea, confirman este hecho. En aquel momento, el doctor De Kerkhove no podía saber los orígenes de la enfermedad y la atribuyó a causas ya conocidas y explicadas en un capítulo anterior: *“el tifus que tanto ha desolado a la Armada francesa tuvo su inicio en las privaciones, las fatigas y la corrupción del aire que se respiraba en los lugares hacinados de enfermos y soldados agotados, y enseguida se extendió el contagio; sin embargo, debo remarcar que, aunque presentando los atributos del contagio en su más alto grado, pienso que se transmitía por los vestidos y la ropa de cama que habían utilizado los enfermos de tifus, o por permanecer en lugares donde la atmósfera, viciada por personas contagiadas, permanecía estancada y sin renovar, o bien por la inspiración directa de las miasmas que estos enfermos exhalaban”*.

Las descripciones de la enfermedad eran casi siempre reproducciones de la misma imagen, con la única diferencia que fue mucho más grave y mortal entre los soldados medio muertos de hambre que regresaron de Rusia, y entre los soldados que vivieron agrupados en plazas fuertes; en cambio, el tifus afectó menos a la población civil, que vivía a una cierta distancia de las rutas militares.

De Kerkhove continuaba con sus explicaciones diciendo que *“la duración del tifus observado en la Armada francesa se prolongaba durante una, dos, tres, y en ocasiones cuatro semanas. La muerte llegaba a menudo entre el séptimo y el quinceavo día. Pero en los lugares repletos de enfermos donde la limpieza no se llevaba a cabo, y el aire no había sido renovado, en estos lugares apesados, el tifus se mostraba en su más alto grado de malignidad, con los síntomas de putridez más*

graves, y la muerte causaba horribles devastaciones. A veces sobrevenía en los tres primeros días de la enfermedad; e incluso en estas cloacas apestadas, llamadas “hospitales”, que eran muy numerosos, los hombres morían de una manera terrible.

La convalecencia era generalmente larga, y en muchos individuos aquejados de tifus, pero que escaparon de la muerte, durante un cierto tiempo persistió la pérdida de memoria y la secreción purulenta en los oídos; experimentaban temblores nerviosos, una cierta relajación de las funciones intelectuales, deterioro de la visión y en ocasiones incluso su pérdida total o casi completa”.

De Kerkhove aseguraba que los enfermos abandonados a su suerte escapaban más a menudo a la muerte que los confinados en hospitales y recibían atenciones médicas. Sin embargo, aconsejaba remedios médicos, como las sangrías locales, las ventosas y los vomitivos, en función de la gravedad del paciente; una higiene estricta y que el enfermo permaneciera en un ambiente purificado y fresco, para lo cual realizaba fumigaciones con “gas ácido muriático oxigenado”.

Si presentaba fiebre, al paciente se le aplicaban baños tibios, y siempre se le sometía a una dieta absoluta, administrándole bebidas acidulantes como la naranjada, y también infusiones aromáticas y decocciones de quinina, éter y alcanfor, a las que se añadía opio en caso de que se produjeran diarreas. Para mitigar la sed, el enfermo tomaba vino mezclado con agua o con limonada.

Como se ha comentado anteriormente, tras el gran desastre de Rusia, Napoleón fue capaz de levantar en 1813 un nuevo y gran ejército, aunque compuesto por muchos reclutas jóvenes e inexpertos, un nuevo combustible para alimentar las epidemias de tifus. De una Armada francesa compuesta inicialmente por unos 450.000 soldados, en la definitiva batalla de Leipzig sólo pudo contar con 170.000. Según von Linstow³⁴, 105.000 soldados habrían muerto por heridas de guerra y 219.000 por enfermedad.

La severidad de la enfermedad varió enormemente y fue particularmente grave entre los soldados tíficos que regresaron de Rusia, de los cuales murieron más de la mitad. Frecuentemente se afirma que la mayoría de los infectados fallecieron, y mató aproximadamente al 10% de los civiles que lo contrajeron. El doctor Heinrich Häser³⁵ aseguraba, coincidiendo con el doctor De Kerkhove, que miles de tíficos sobrevivieron a las formas más graves de la enfermedad sin ayuda de ningún tipo. Muchos afectados, especialmente médicos, atribuyeron su restablecimiento al hecho que durante semanas fueron constantemente transportados en el frío invierno sin detenerse en ningún lugar, ni fueron ingresados en hacinados hospitales donde el tifus y la disentería causaban estragos.

En relación con la epidemia de tifus de los años 1812-1814 debe considerarse una doble epidemia. La primera fue difundida directamente por los restos de la *Grande Armée* que regresaba de Rusia, y causó una gran devastación en el este de Prusia, extendiéndose de forma relativamente leve a otras zonas de Alemania. La segunda epidemia se desató a partir de las batallas libradas en Sajonia en 1813, que duraron varios meses, y desde allí se diseminó por una gran parte del territorio alemán.

³⁴ *Kriege, Schlachten und Belagerungen, bei denen nicht die feindlichen Waffen, sondern Krankheiten das entscheidende Moment waren* (1900)

³⁵ *Lehrbuch der Geschichte der Medizin und der Epidemischen Krankheiten* (1882)

En primer lugar, los prisioneros franceses que quedaron en Rusia fueron los responsables de extender la epidemia por aquel país. Según Prinzing, un tal doctor Faure indicaba que el tifus se extendió hacia el sur y el este de Rusia, y en febrero de 1813 murieron miles de soldados de la *Grande Armée* en los hospitales hacinados de Orel, ciudad situada a unos 360 kilómetros al sudoeste de Moscú. Este autor añadía que todos los soldados franceses que cayeron prisioneros de los rusos murieron por esta causa. Es seguro que la población civil también resultaría severamente afectada, pero no hay cifras ni estadísticas que puedan confirmarlo.

El tifus se extendió asimismo por las regiones del mar Báltico, y San Petersburgo fue gravemente atacada. Según el médico de origen francés Georg Friedrich Parrot³⁶, durante los últimos meses de 1812 se produjo en Dorpat (actual Tartu, Estonia) un gran número de enfermos de “fiebre nerviosa”. En Riga, la capital lituana, los hospitales militares estaban abarrotados y se estima que estaban ingresados unos 5.000 enfermos sobre una población de 36.000 civiles y 20.000 soldados.

La tropa francesa que se retiró de Vilna en dirección al río Niemen también fue afectada de tifus. Tras cruzar el río, los pocos soldados que habían sobrevivido a las terribles penurias de la marcha estaban hambrientos, vestidos con harapos, los zapatos destrozados, con las extremidades congeladas y gangrenadas y repletos de piojos. La soldadesca se esparció por todas direcciones y algunos pudieron cobijarse en las casas y bastiones que permanecían en manos francesas.

En el invierno de 1812, el tifus fue contaminado por los restos del ejército francés por el este de Prusia, y fueron inútiles todas las precauciones: Según de Kerckhov, *“la fiebre adinámica se extendió también entre la población civil, aterrada por la enfermedad y que se negaba a acoger soldados en su hogar”*. Pero poco después, afectó también el oeste de Prusia, y se mantuvo sin pausa hasta el invierno de 1813.

Según el médico alemán Hans Adolph Göden³⁷, encargado de un gran lazareto militar en Gumbinnen (actual Gusev, Rusia), la epidemia se propagó de forma continuada desde la frontera rusa hasta Berlín: *“apareció de la manera más virulenta en las ciudades de Gumbinnen, Insterburg, Tilsit, Königsberg, Elbing, Marinwerder, Konitz y Landsberg. En Gumbinnen la pestilencia se cebó con furia en los meses de enero y febrero. La ciudad tenía alrededor de 6.000 habitantes, y con frecuencia, 20, 30 o 40 personas, incluyendo familias enteras, morían en un sólo día. En el lazareto militar la mortandad fue considerablemente más alta. En marzo, el tifus comenzó a disminuir y en mayo desapareció completamente”*.

En Königsberg (actual Kaliningrad, Rusia), el tifus se inició a finales de diciembre de 1812³⁸, y no concluyó hasta mayo de 1813. Excluyendo los soldados muertos en los lazaretos militares, se produjeron 430 muertes en diciembre; 581 en enero de 1813; 581 en febrero; 802 en marzo; 622 en abril; 608 en mayo; 327 en junio; 196 en julio; 178 en agosto; 157 en septiembre y 151 en octubre. Durante todo el año de 1812 se registraron 2.648 muertes; pero al año siguiente casi fue doblada, pues fallecieron 4.403 personas. Según el cirujano alemán Ernst Julius Gurlt³⁹, en el este de Prusia, en 1813, murieron unas 20.000 personas a causa del tifus.

³⁶ *Über die im jetzigen Kriege entstandene typhöse Fieber* (1813)

³⁷ *Erfahrungen und Ansichten zur Lehre vom Typhus* (1814).

³⁸ El grueso de los soldados que volvían de Rusia llegaron a esta ciudad el día 25 de diciembre.

³⁹ *Zur Geschichte der internationalen und freiwilligen Krankenpflege im Kriege* (1873).

Larrey también contrajo el tifus en esta ciudad: *“el tifus que se declaró en mí pocos días después de mi llegada a Königsberg tuvo su origen en las largas y penosas visitas que hice a los numerosos hospitales de esta ciudad. Al principio se manifestó con síntomas ligeros, que se desarrollaron rápidamente, de manera que aumentaron progresivamente de intensidad a partir del séptimo día. La pirexia estuvo entonces en su grado máximo; los dolores de cabeza eran extremos y empezaba a delirar. Después de haber rogado vanamente que me sangraran en la yugular, de repente sobrevino una hemorragia nasal tan fuerte que disipó la enfermedad y me sacó de peligro. Enseguida tomé un ligero vomitivo, hice preparar vinagre alcanforado con el que me frotaron por todo el cuerpo, y por las mañanas bebí infusión de quina. También ingerí buen vino, café y buenos consomés, que poco a poco me repusieron de esta enfermedad, de manera que me encontré felizmente dispuesto para seguir los movimientos de la Armada cuando esta partió de Königsberg el 2 de enero de 1813. De todas maneras, mi convalecencia fue larga y difícil”*.

El soldado de infantería Jacob Walter, que regresaba con los restos de la *Grande Armée*, no contrajo el tifus hasta que llegó a Thorn, en el este de Prusia (actual Toruń, Polonia); pero la fiebre lo afectó “terriblemente” y no podía comer ni beber whisky. Consiguió regresar a su hogar, pero fue atacado nuevamente por el tifus, y escribió que *“tuve delirios y todo el mundo dudó que fuera a recuperarme... yo estaba tan débil que debía ser conducido dentro y fuera del vagón que me transportaba, y no puede tomar nada más que agua potable. Inmediatamente se me ubicó en la sala donde llevaban a todos los que estaban a punto de morir”*.

Danzig⁴⁰ fue sitiada por los rusos entre el 11 de enero y el 29 de diciembre de 1813, y también sufrió un brote severo. La ciudad estaba ocupada por el ejército francés, 35.900 hombres al mando del general Jean Rapp, y durante el sitio a que fue sometida sufrió todo tipo de privaciones, así como un frío extremo. En el mes de febrero, el tifus estaba muy extendido, y entre los meses de enero y mayo murieron 11.400 soldados en los hospitales. La población civil también fue afectada y durante todo el año murieron por esta causa 5.592 habitantes.

En Polonia también se sufrió la epidemia. Según el médico polaco apellidado Wolf⁴¹, a finales de 1812 ocurrieron dos epidemias de origen distinto: la primera causada por tifus, o quizás también fiebre tifoidea, que afectó únicamente a los soldados. La segunda, un brote tífico que alcanzó la categoría de epidemia en enero de 1813, a pesar de que en Varsovia ya se habían observado algunos casos durante los últimos meses de 1812.

En la capital polaca, el tifus fue transmitido por el Cuerpo de Auxiliares austriacos, y se extendió rápidamente por los hospitales franceses, que estaban en condiciones miserables. Más tarde, el ejército ruso también contagió esta ciudad con tifus, y lo contrajo un gran número de civiles, alcanzando su punto culminante en febrero de 1813 y manteniéndose activo hasta finales del mismo año.

⁴⁰ En el Tratado de Tilsit de 1807 se acordó que Danzig (actual Gdansk, Polonia), habitada por unas 60.000 personas, se convirtiera en “ciudad libre”, aunque bajo aparente control prusiano. Fue convertida en el mayor depósito para aprovisionar las fuerzas napoleónicas, almacenándose grandes cantidades de alimento, munición, forraje, armamento y ropa. Se trataba de un lugar estratégico que pretendía forzar a los prusianos a mantenerse neutrales y evitar su unión con los aliados.

⁴¹ *Bemerkungen über die Krankheiten, welche im Jahre 1813 in Warschau herrschten, insbesondere über den ansteckenden Typhus* (1813).

El tifus también atacó Silesia con extrema dureza, en primer lugar durante los meses de octubre, noviembre y diciembre de 1812, cuando llegaron prisioneros rusos. Se reportaron numerosos casos en ciudades como Trebnitz, Striegau, Krottkau, Friedenwalde, Trachenberg, Breslau, Parchwitz o Quaritz.

En Breslau (actual Wrocław, Polonia), el tifus no debió ser especialmente grave entre la población civil, censada en 62.789 personas, pues en 1812, por todo tipo de causas, sólo murieron 3.055 habitantes; 3.095 en 1813 y 3.301 en 1814. En esta misma ciudad, entre mediados de septiembre de 1813 y marzo de 1814, murieron 478 civiles y alrededor de 3.400 soldados a causa del tifus.

Según el médico prusiano Johann Joseph Kausch⁴², en el distrito de Liegnitz (actual Legnica, Polonia), con una población aproximada de 600.000 personas, murieron 13 médicos (cirujanos excluidos). La enfermedad se inició en los transportes de soldados que marchaban a otras partes de Silesia, y a finales de 1813 todos los lazaretos militares de esta provincia quedaron infectados.

En Bunzlau (actual Boleslawiec, Polonia), el tifus atacó con fuerza y se estima que 12.000 personas murieron entre junio de 1813 y marzo de 1814. En esta ciudad, el 28 de abril de 1813, murió el general ruso Mikhail Kutuzov.

En enero de 1813, en las partes más lejanas de Alemania, como las provincias occidentales de Prusia, Baviera, Baden y Württemberg, la población ya había percibido el peligro, pero fue más fácil protegerse del contagio del tifus, pues el número de soldados franceses que regresaban del frente ruso era pequeño y las cuarentenas podían llevarse a cabo correctamente.

Con la llegada de la primavera, la enfermedad disminuyó un poco, incluso en el norte y el este; en el mes de abril desapareció casi por completo entre las tropas francesas que allí se encontraban, y según de Kerckhov, las condiciones de salud en mayo y junio fueron muy buenas. Sin embargo, el tifus se desató otra vez en el mes de julio, y como también afectó al ejército ruso, la enfermedad se extendió de forma extraordinaria a todo lo largo de Sajonia y Silesia.

En Sajonia, el tifus también se extendió gravemente durante los primeros meses de 1813. Fueron afectados todos los lugares por donde pasaban los transportes militares, especialmente las poblaciones de Sorau, Guben, Lübben, Görlitz, Leipzig y Weissenberg. En aquellos lugares donde fueron erigidos hospitales de campaña para atender a los heridos y enfermos, como Schneeberg, Zwickau, Chemnitz, Freiberg y Augustusburg, aún se reportó una mayor incidencia.

Tras la batalla de Bautzen (20-21 de mayo de 1813), en el noroeste de Sajonia, los heridos fueron transportados a Dresden y ubicados en lazaretos infectos y completamente hacinados. Los heridos leves fueron cobijados en las casas de los ciudadanos, por lo cual estos también recibieron funestas consecuencias, pues el tifus se extendió por igual entre militares y civiles.

Napoleón venció en la batalla de Dresden (26-27 de agosto), pero posteriormente las tropas francesas fueron asediadas, desde mediados de octubre hasta el 11 de noviembre. La epidemia de tifus se incrementó notablemente, y si bien durante el año 1813 murieron en total 5.504 personas, tanto civiles como militares, 3.445 de

⁴² *Die auf Selbsterfahrung gegründeten Ansichten der akuten Contagien überhaupt und des Contagiums des Typhus insbesondere* (1814).

ellas fallecieron en el corto periodo de septiembre a diciembre. Según el doctor A.F. Fischer⁴³, de cada diez personas que contraía tifus, moría una; en cambio, la mortalidad en los hospitales militares franceses era mucho más alta, y durante 1813 no menos de 21.000 soldados murieron en Dresden. Entre los civiles, la mortandad fue mucho menor: 5.194 en 1813; 3.273 en 1814 y 1.785 en 1815.

De Kerkhove comentaba que en el mes de septiembre de 1813, *“los progresos del tifus llegaron a ser cada vez más alarmantes, y a mediados de este mes ya había matado a muchos de los bravos soldados que combatieron victoriosamente contra los austriacos en Dresden. En el mes de octubre, la epidemia desoló a la Armada, y las tropas acantonadas en plazas fuertes como Danzig, Thorn, Stettin, Glogau, Magdeburg, Torgau, Wittemberg o Dresden fueron las más afligidas, porque estaban generalmente mal alimentadas; deprimidas por las preocupaciones y la tristeza de estar separadas de la Armada y de sus familiares; inquietas por la idea de un triste futuro; cobijadas en casernas hacinadas de soldados, en las que se respiraba un aire poco salubre. Se concibe, por tanto, que bajo la influencia de tales causas mórbicas, de cuya conjunción sólo podía nacer el tifus, esta enfermedad fue muy frecuente y muy grave. Nuestras tropas retenidas en las ciudades de asedio mencionadas también sufrieron, cruelmente, la diarrea y la disentería, producidas por la alimentación en mal estado”*.

En febrero de 1813, Leipzig fue contagiada de tifus por los soldados franceses, y la enfermedad reapareció en verano, cuando la guerra se desarrollaba en Sajonia. Tras la batalla de Dresden del mes de agosto, una gran parte de los heridos fueron llevados a Leipzig, y más de 20.000 soldados heridos y enfermos permanecieron allí durante varios meses, muriendo militares y civiles en gran número.

En octubre del mismo año, en la batalla de Leipzig, se produjeron 30.000 heridos, y estos soldados, en su mayoría franceses, fueron atendidos en la propia ciudad. Según Karl Heinrich Beitzke⁴⁴, *“se desató un virulenta fiebre nerviosa que se mantuvo activa durante un tiempo, y poco después se extendió por los alrededores y se llevó un gran número de personas”*. Según las listas de hospitales, se cree que en 1813 murieron en Leipzig unos 80.000 soldados franceses, tanto por heridas de guerra como por tifus y otras enfermedades. Entre febrero de 1813 y enero de 1814 murieron 17 médicos a causa del tifus. El número de civiles sepultados en Leipzig fue de 3.499 en 1813, y 2.022 en 1814.

En un informe del médico prusiano Johann Christian Reil fechado en octubre de 1813, y dirigido a Karl Freiherr vom Stein, político prusiano y consejero del Zar durante la Campaña, se describían las terribles condiciones que se originaron en Leipzig, debido principalmente a la falta de atención médica y de hospitales militares: *“Su Excelencia me ha encargado presentarle un resumen sobre mis conclusiones respecto a los hospitales militares destinados a la Armada aliada en esta parte del río Elba: he encontrado en Leipzig unos 20.000 combatientes, heridos y enfermos, de todas las naciones. La imaginación más fecunda no podría imaginar el cuadro de miseria tan espeluznante que he visto en la realidad: los heridos yacen en casas sombrías donde ni los anfibios tendrían suficiente oxígeno, o en escuelas*

⁴³ *Geschichtliche Darstellung der im Herbst 1813 in Dresden ausgebrochenen und bis gegen Ende Januars 1814 angedauerten Epidemia* (1814).

⁴⁴ *Geschichte der deutschen Freiheitskriege in den Jahren 1813-1814* (1859).

con ventanas sin cristales, o en iglesias con techos altos, donde el frío en el aire aumenta de forma proporcional a medida que disminuye la suciedad.

En estos sitios, los enfermos llevan la misma ropa, manchada de sangre, que vistieron durante la batalla. De los 20.000 heridos, ninguno tiene camisa, sábana, manta, cubrecamas, saco de paja o cama... Son heridos que no pueden ni ponerse en pie, que deben defecar y orinar sobre ellos mismos, y se pudren en sus propios excrementos. Para aquellos que pueden levantarse, tienen a su disposición unas grandes tinajas, pero están completamente desbordadas pues nadie las vacía. En la calle Petri había una cuba que servía de depósito para los desechos; y a su lado, una especie de bañera que se utiliza para servir la sopa del mediodía. Este contacto entre comida y excrementos humanos debe producir náuseas, y sólo puede ser superada por el hambre más feroz. El ejemplo más horrible ocurría en el mercado de ropa: la plataforma de carga estaba cubierta de estas cubas, que se alineaban en filas, y cuyo contenido se desbordaba y quedaba estancado y rezumando lentamente por el suelo. Era imposible pasar por aquella zona, que cerraba el acceso a la calle.

Concluyo mi explicación con una escena aún más horrible que me produjo escalofríos en las piernas y entristeció mi espíritu. En el patio de la escuela pública encontré un montículo formado por basuras y cadáveres de nuestros compatriotas. Allí estaban, desnudos y comidos por los perros y las ratas, como si hubieran sido delincuentes u homicidas. Hago un llamamiento a la humanidad de su Excelencia y al amor que mi Rey profesa por su pueblo, para que ayude a estos valientes, y lo haga pronto, pues cada minuto perdido es un acto de asesinato”.

Las poblaciones sajonas de Magdeburg y Merseburg también fueron severamente atacadas, y según reportaba un tal Dr. Roloff, “la mitad de los médicos de Magdeburg, nueve en total, murieron debido a la fiebre de hospital”⁴⁵.

Cuando concluyó la batalla de Leipzig, el sur y el oeste de Alemania permanecían ocupados por el ejército francés y deambulaban numerosos fugitivos. El brote tífico estalló de forma severa y causó estragos en las provincias de Brandenburg y regiones adyacentes, en esta ocasión originadas por prisioneros franceses. En aquel momento, Berlín tenía alrededor de 155.000 habitantes: en 1813 murieron de tifus 1.184 personas (sobre un total 7.012 defunciones), y 545 en 1814 (sobre un total de 6.566).

Tras la derrota de Leipzig, Napoleón dejó 20.000 hombres defendiendo la fortaleza de Mainz y regresó a Francia con 70.000 soldados. Pero el asedio sufrido por parte de las tropas ruso-prusianas resultó catastrófico, pues los soldados franceses, agotados, sucios, enfermos y aquejados de tifus, contagiaron la enfermedad. Hasta la primavera de 1814, esta epidemia mató a unos 17.000 soldados y 2.400 civiles, alrededor del 10% de sus habitantes. A pesar de la enorme mortandad, los franceses resistieron el cerco durante seis meses, hasta que fue firmado el Tratado de París y los franceses evacuaron Mainz (4 de mayo de 1814), poniendo fin a dieciséis años ininterrumpidos de presencia francesa en Renania. En mayo de 1813, tras la batalla de Lützen, fueron transportados a Erfurt, capital de Thuringia, unos 8.000 soldados heridos, tanto franceses como prusianos, y rápidamente se construyeron lazaretos para atenderlos. Pero a partir de agosto, cuando el escenario de la guerra se aproximaba a esta ciudad, aumentó la miseria de sus habitantes y esto permitió una rápida difusión del tifus.

⁴⁵ Es conocido el gran número de médicos muertos en Alemania, alrededor de 500; y se sabe, por ejemplo, que en Silesia murieron 63, 17 en Leipzig, 17 en Württemberg y 35 en Baden.

A finales de agosto llegaron otros 9.000 soldados enfermos y heridos, y los ciudadanos fueron obligados a alojarlos en sus viviendas. El número de soldados muertos por tifus fue muy elevado y diariamente se registraba la muerte de hasta 17 civiles. Y en los hospitales de Erfurt, en la semana previa a la batalla de Leipzig, murieron 504 soldados. Los lazaretos franceses fueron aseados de manera exhaustiva entre el 20-23 de octubre, pero el 25 se inició el asedio a la ciudad, que duró setenta y tres días. La miseria llegó a ser extrema y el tifus devastó Erfurt sin piedad: del 1 al 17 de noviembre murieron no menos de 1.472 soldados y 400 civiles. Los lazaretos estaban completamente hacinados y la tropa fue albergada también en otros lugares, de manera que el contagio se extendió e incluso afectó a los sitiadores prusianos. Durante todo el año 1813 fallecieron 1.585 civiles, un promedio muy superior a los 554 de 1812 y algo superior a los 1.121 de 1814.

A principios de 1813 también se produjo un grave brote tífico en Frankfurt-am-Main, capital del gran Ducado de Hesse, causado por el ejército acantonado. Incluso en primavera, cuando los franceses pasaron por la ciudad, los lazaretos ya estaban abarrotados de soldados enfermos y heridos que habían sido traídos de Sajonia. Más tarde, entre el 21-22 de septiembre, llegaron de nuevo un gran número de soldados enfermos y heridos, que llenaron otra vez los lazaretos, siendo necesario también su alojamiento en casas de civiles. A partir de aquel momento, el tifus se extendió por toda la ciudad, y cuando llegó el ejército prusiano y ruso, casi se duplicó el número de habitantes en Frankfurt. El 14 de enero de 1814 había más de 4.000 pacientes tíficos en esta ciudad, y alrededor de 6.000 en todo el distrito. Entre julio de 1813 y junio de 1814 murieron en total 2.049 personas.

Wiesbaden fue atacada igualmente por el tifus. Se estima que murieron 8.000 soldados en los lazaretos, y sobre la población civil, formada por unos 4.000 habitantes, quedaron infectados 466 y murieron 141. En noviembre de 1813, miles de prisioneros franceses llegaron a Darmstadt; muchos de ellos estaban aquejados de tifus y muy pronto la enfermedad se extendió por toda la ciudad. En todo el Ducado de Hesse, fue reportado que entre 2.000-3.000 habitantes contrajeron el tifus en muchas poblaciones, y el brote sólo remitió y terminó partir de julio de 1814.

El Gran Ducado de Nassau comprendía las importantes poblaciones de Wiesbaden, Oestrich, Rüdesheim, Runkel y Limburg. Allí vivían unos 270.000 habitantes, y según el doctor J.B. von Franque⁴⁶, entre el 1 de octubre de 1813 y el 1 de abril de 1814 enfermaron de tifus 43.044 personas y murieron 9.007.

En el norte de Alemania, Hamburgo sufrió severamente el tifus durante el sitio de los franceses de mayo de 1813. La enfermedad se propagó rápidamente desde los hospitales, pues no se aisló correctamente a los pacientes, y además, la mitad de ellos fueron dados de alta de los centros sanitarios y cobijados en casas particulares. La guarnición sufrió grandes pérdidas: al principio del asedio contaba con unos efectivos de 25.000-30.000 hombres, y entre los primeros días de febrero y los últimos de marzo de 1814, morían 60-70 soldados diariamente, y en ocasiones hasta 100, siendo enterrados en total alrededor de 10.700 cadáveres. El tifus había sido la causa de 8.200 muertes, mientras que las heridas producidas en acciones armadas lo fueron del resto, 2.500.

⁴⁶ *Die Verbreitung der typhösen Krankheiten im Herzogtum Nassau während der ersten Hälfte dieses Jahrhunderts* (1854).

El tifus también afectó la parte baja del río Rhin, como fue el caso de Koblenz (Renania-Palatinado); y fue transmitido por los soldados franceses que regresaron de Rusia y pasaron por diversos lugares del sur de Alemania, en Sajonia y Baviera, especialmente las ciudades de Regensburg, Amberg, Nürenberg, Ingolstadt o Bamberg. En el Gran Ducado de Würzburg, que en aquel momento tenía una población de 344.500 habitantes, contrajeron la enfermedad 16.000 personas y murieron 2.500.

En Francia, también fueron afectadas diversas poblaciones, como Tournai, Nancy, Étain, Verdun, Bar, Sedan y muchas otras. Estrasburgo también padeció el tifus, aunque el brote no fue demasiado grave. En cambio, la devastación causada en Metz fue espantosa, y los doctores F. Maréchal y J. Didion⁴⁷ se hicieron eco de ella: el 19 de noviembre de 1813, unos 5.000 soldados enfermos fueron asignados a esa ciudad.

Fue necesario protegerlos y a la vez adoptar medidas para prevenir la propagación del tifus. De acuerdo con el informe del barón Marchant, alcalde de Metz, la mayoría de los 5.000 soldados contrajeron la enfermedad y morían 60 diariamente. Todos los médicos en Metz enfermaron y murieron varios de ellos: *“era imposible conseguir enfermeros, pues los que habían llevado a cabo este servicio ahora estaban convalecientes y además habían infectado a sus familias”*. Por otra parte, los soldados enfermos y heridos seguían llegando a Metz, y se calcula que en total serían unos 30.000. El mes de febrero fue el peor de todos, y de noviembre a abril murieron 7.752 soldados y 1.294 civiles.

En todo el departamento de Moselle, en el cual vivían unos 400.000 habitantes, murieron al menos 10.329 personas; y en esta cifra no estaban contabilizados los soldados.

Entre enero y febrero de 1813, la proximidad de la guerra provocó un brote tífico en los cantones suizos fronterizos con Francia, como Basilea, Neuenberg, Solothurn y especialmente Waadt, donde murieron 7.404 personas en 1812; 6.445 en 1813 y 9.054 en 1814. El tifus también afectó diversas partes de Moravia, transmitidas por las tropas austriacas y los prisioneros franceses. Según Josef Hain⁴⁸, entre julio de 1813 y junio de 1814, murieron en 63.754 personas en Moravia y la Silesia austriaca.

Es imposible saber el número exacto de muertes que causó el tifus durante los años 1813-1814, pues las estadísticas disponibles no son fiables. Además, cada región sufrió la enfermedad de forma desigual, dependiendo del número de soldados, prisioneros y refugiados que hubieran recibido. De todas maneras, se calcula que en Alemania, durante este periodo, podrían haber muerto entre 200.000-300.000 personas, lo cual supondría unos 2.000.000-3.000.000 de casos, entre un 10-15% de la población total, que en aquel momento ascendía a unos 20 millones de habitantes.

⁴⁷ *Tableau historique, chronologique et médical des maladies endémiques, épidémiques et contagieuses qui ont régné à Metz et dans le Pays-Messin* (1850-1861).

⁴⁸ *Handbuch der Statistik des österreichischen Kaiserstaats* (1852)